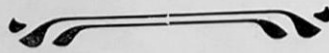




Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Univ. del Perú - Biblioteca de América
EL ENTIERRO DE JESUS
(Cuadro de Van Dyck)

El proceso de Jesús



Especial para PRISMA

CON este título acaba de aparecer, traducido al español, un hermoso y sugestivo libro, cuyo autor es don Juan Rosadi, italiano de alto vuelo y de raras dotes de legista.

Volviendo sobre el siempre viejo y siempre nuevo tema de investigar los orígenes del cristianismo y su valor histórico y dogmático, Rosadi desarrolla en su obra una nueva faz de la vida del sublime maestro de Nazaret. El proceso de Jesús, tratado á la ligera, según él, por teólogos é historiadores, no había merecido todavía el honor de una investigación y un examen crítico profundo de su valor y de su legalidad. Se propone el legista italiano estudiar este célebre proceso en conformidad con las doctrinas legales y las prácticas judaicas y romanas de la época de su ejecución y después de análisis, comparaciones y reflexiones filosóficas de gran valor, prueba plenamente que el proceso, la sentencia y la ejecución que se realizó allá por los años 783 de la fundación de Roma y que tuvo por escenario la ciudad de Jerusalem, «fué la más grande y la más memorable de las injusticias.»

Vulven á soplar vientos favorables en pro de un renacimiento cristiano: las almas fervorosas, los espíritus ávidos de ese alimento de verdad que predicara el *sublime maestro* parece que vuelven á la palestra después de los rudos combates por la fe que la humanidad ha sostenido por XIX siglos.

En la lucha por el dogma cristiano, en esa gigantesca batalla librada con encarnizamiento por los hombres de todas las épocas históricas, parece una evidencia la doctrina de J. B. Vico: una serpiente que se enrosca y desenrosca, un eterno *corsi y recorsi* de tendencias de una religión que es el alimento de la humanidad y de una fe cuya huella no la pueden destruir ni el escepticismo demolidor ni el fanatismo quimérico y perjudicial. Y es que en esta lucha los enemigos aún no han librado la final batalla; ni *racionalistas* ni *sobrenaturalistas* se han señalado sus linderos; lejos de eso sus combates rudos, concluyen por transacciones estupendas que hacen pensar en el valor de una doctrina que tiene mucho de invulnerable.

Aún no se hallaba extinguida la generación de los discípulos del Nazareno cuando apareció la primera herejía. Simón el Mago que la formulara, transigió con la sublime doctrina, buscándole su lado *explotable* (1), y fué menester la ardiente y poderosa elocuencia de San Pablo para anonadar al heresiarca y no sólo demoler la herejía sino afianzar el dogma y humanizar la doctrina que proclamaba la *buena nueva*.

El estudio de las herejías durante los siete primeros siglos del cristianismo persuaden de la sinceridad de sus fundadores. Por más que el anatema de los concilios cayera terrible y maldiciente sobre los heresiarcas, en esos espíritus ardientes y amigos del proselitismo hay

una levadura de sinceridad que obliga á la misericordia. Los procesados de Basilea, el enérgico Giordano Bruno, el mártir Savonarola inspiran la ternura y la compasión á los verdaderos hijos de ese sublime Cristo que en la cumbre del Gólgota perdonó á las «víctimas del error.»

Después de ellos la era del racionalismo invade el mundo; pero ya sea Pelagio ó Lutero, Voltaire ó Straus, Bauer ó Renán, todos ellos esgrimiendo con más ó menos energía la espada de combate contra el valor divino del cristianismo, no dejan resuelto el problema ni se atreven á negar el valor sobrenatural de esa doctrina. Voltaire el irónico, el tipo del escéptico despiadado que parecía cerrado á toda transición, con su fatalismo unilateral, parece claudicar cuando «para explicarse la armonía universal necesita un Dios, que si no existiera fuera preciso inventarlo»; el que antes de esta declaración había dicho «que el mundo era una vasta escena de iniquidad abandonada á la fortuna», justifica la profunda exclamación de uno de sus jueces: (Sainte Beuve). «La conquista de la verdad es difícil ya sea que se trate de hombres ó de cosas, y una vez en posesión de ella no es menos difícil conservarla» (2).

Pero acaso la escuela volteriana ha sido otra cosa que arrebato y quimera, exageración y vanidad? «Voltaire es el verdadero representante del pensamiento burlón y agresivo que ignora así las necesidades como las supremas miserias del alma humana á la que aprisiona en los estrechos límites del espacio y el tiempo» (3).

Después de la revolución del filosofismo y cuando ha vuelto á principiarse la nivelación de la moral humana, no ha dejado ésta, sin embargo, de tener un fondo perjudicial de incredulidad volteriana; y es natural: en el alma como en el universo la homogeneidad es tan difícil! ¡sacud un rayo de sol que no contenga corpúsculos de cielo, una gota de agua sin impurezas, un cielo azulado sin brumas!

La aparición de Straus en el escenario de la crítica religiosa hizo nacer nuevas expectativas; el filósofo hegeliano creyó demoler el cristianismo como religión revelada y se hizo la ilusión de haber probado que sólo era una religión natural. Examinando los textos evangélicos, él los conceptúa como el producto místico de una época de exaltación y á su fundador revestido con todos los caracteres de un personaje de leyenda, y esto ¿para qué? ¿para probar acaso el ningún valor de la doctrina? nó, para deducir, más por instinto que por razonamiento, que la doctrina del *maestro de Nazaret* es la suprema concepción de la religión humana, la última fórmula de la unión del hombre con Dios; fiel discípulo de Hegel demuele hechos para crear fórmulas, evade argumentos para fundar hipótesis, y por fin claudica, por que, en todo caso traslada el problema, pues si el Cristo no fué divino, si su doctrina sólo fué leyenda forjada por los

(1) Se designaron después con el nombre de Simoniacos á los que trataban de comprar la gracia ó comerciar con la fé.

(2) Juicio crítico sobre Voltaire.

(3) Guizot—Historia General de Francia T. VI.

creyentes y esa leyenda encierra la fórmula final de la religión humana, ya la divinidad no se hallaría en el Maestro sino en los discípulos y la misión sobrenatural ligioso.

Más sincera la escuela de Tubinga, lanza una crítica más robusta y mejor fundada. Escuela histórica por excelencia, sus conclusiones acaban por tener una base casi inmovible.

El examen de la gran doctrina, sus altos principios morales, sus consecuencias fecundas y la perfección de sus fórmulas, la hacen tan acabada y tan sublime que la ética de todos los siglos quedará encuadrada entre sus moldes.

Este examen y este convencimiento arrancan á Bauer (fundador de la escuela) una confesión *fideista*: «Cristo es el hijo de Dios!» Como Rousseau, Bauer confiesa la divinidad del maestro, extasiado ante el examen de su doctrina; sólo que aquél tuvo el arranque del genio sensible y entusiasta y éste sienta el corolario que fluye de sus especulaciones científicas (4).

¿Cuántas ramas han nacido de la escuela de Tubinga? Pocos son los países y las épocas del mundo que no tengan sus exegetas y sus críticos religiosos y ¡quién de ellos no ha transado el fin con las doctrinas? El más conmovedor, el más sincero al parecer, Renán, ¡como concluye! Quién sabe si no valía la pena de haber escudriñado tanta tradición y tanta crónica; haber llevado hasta la sutileza la afirmación de la humanidad de Jesús para concluir al fin por declarar «que entre los hijos de los hombres no hay ninguno que se le parezca, y, que el sublime vencedor de la muerte ha dejado el pan cotidiano de la humanidad en su moral, y el lábaro, donde se libraran eternamente las batallas por la idea, en su cruz!» (5)

Examinar la doctrina cristiana ante la Historia y la Filosofía no es ni obra de un día ni tampoco es obra de un hombre. Es necesario, para conocer su esencia, hasta hoy no comprendida por entero, escudriñar la historia y ampararse de una sana filosofía. La escuela de Tubinga ha puesto la primera piedra.

La pléyade de adeptos se multiplica, y entre ellos Rosadi, analizando una faz del problema, presta un gran bien.

«El proceso de Jesús» reviste un interés histórico co-

mo hecho; uno legal como procedimiento judicial, y uno religioso por el personaje que le sirve de tema; este último es tal vez el más sugestivo y el más fecundo.

Después de conocer el pensamiento de Rosadi y el valor de sus especulaciones como legista, llega uno á convencerse: 1º de que el proceso fué un hecho histórico; 2º que la doctrina de Jesús, si bien de crítica para hombres y sistemas de su época, no era perniciosa según la ley mosaica; 3º que la ley mosaica, aplicada sin el formulismo de los rabinos del Sinedrio, condenaba más bien á los sacerdotes y doctores que hicieron de jueces, que al que juzgaban como reo; 4º que de las dos únicas acusaciones á Jesús, la *sedición* y la *blasfemia*, la primera fué abandonada por falta de pruebas, y fundada la segunda en la propia confesión del acusado haciendo caso omiso de testigos á pesar de exigírselos la ley y después de dar á las palabras del reo una interpretación caprichosa; 5º que el Sinedrio no condenó sino acusó, y que lejos de fallar en juicio, consumó un complot; 6º la sentencia de Pilatos fué ilegal y como tal incorrecta y vaga; más que sentencia fué entrega y excusa para condenar; 7º que la pena del delito por blasfemia era la lapidación y no la crucifixión; 8º que el proceso no se sujetó ni llevó á cabo, con arreglo á las leyes mosaica ó romana, no siendo otra cosa que el procedimiento vengativo de una clase y la explotación que esa misma clase hizo de un sentimiento popular grosero, del que se aprovechó para victimar al más justo de los justos y al más inocente de los inocentes.

Pero el «Proceso de Jesús» hemos dicho que tiene más que todo un interés religioso de primer orden, y así es en efecto. Después de todo, ese proceso pone en relieve una voluntad *sublime*, revela la energía de un espíritu extraño al maestro, tan preñado de vacilaciones y de dudas; muestra la abnegación por el amor, la misericordia por la suma bondad, la firmeza por un convencimiento tan absoluto de una misión tan sobrenatural como grandiosa, que no puede uno menos que inclinarse con veneración ante la sublime figura de esa Víctima que predicando la perfección de las almas y verdadero reino de Dios, á las gentes, no de su época sino de todos los tiempos, nos revela á la *divinidad* mostrando al hombre descarriado el camino de la perfección, y á la humanidad su eterno destino escrito con luz en las breves fórmulas del sublime *sermón de la montaña*.

HORACIO H. URTEAGA.

Semana Santa de 1906.

(4) Bauer—Dic. Tübinger Schule.

(5) Renán—Vida de Jesús capítulo final.





Universid EL PASMÓ DE SICILIA Marcos
 Universida (Cuadro de Rafael) pa de América



ESTATUA DE CRISTOBAL COLON
EN LA AVENIDA "9 DE DICIEMBRE"

Foto. N°oral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

CÁRACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

(Continuación)

Adolfo García (1828-1883) (1), aunque fué lírico de más cuenta y disfrutó de más larga existencia que Corpancho, no llegó tampoco á la madurez de estilo; ni aún fijó definitivamente su manera. Dice Palma que «Calderón de la Barca, Arolas y Victor Hugo eran sus ideales en literatura». En realidad, debió de proponerse imitar, sucesiva ó simultáneamente, á muchos otros modelos. De allí que sus obras no parezcan productos de un número personal, sino *pastiches*.

Al orientalismo de Zorrilla y de Victor Hugo y principalmente al de Arolas pertenecen la canción *Refo de un mahometano*, la de *Un marino de Argel* y la que comienza:

Amame, cristiana bella,
Del cielo andaluz estrella
Que sobresale entre mil.....

Genuinamente románticas son las poesías tituladas *En la muerte de Julia* y *Al Sol*. Pero al lado de éstas, que no desdican del tono que por entonces predominaba en nuestra literatura, tiene otras clásicas, del clasicismo del siglo XVIII. *El poeta* y la elegía *En la muerte del General Castilla* (que es por cierto una de las peores cosas que escribió) pertenecen á la escuela de Quintana. La oda *Mis recuerdos*, en la versificación y en la apacible dulzura del sentimiento y del lenguaje, delata la influencia de Fray Luis de León. También se dedicó García al género festivo, con escaso éxito, como es de ver en *El rocabor*, *El hotel*, *El furor*, *El beso*, *El maestro de escuela*, etc.

La imitación más frecuente en García es la de Calderón. Las quintillas *A Colón* y *A Bolívar*, son hábiles muestras de su lirismo calderoniano. Éstas quintillas *A Bolívar* (que pueden tener su origen más próximo que en Calderón, en *El sepulcro de Napoleón* de Arolas:

Duerme tu sueño profundo,
Duerme en paz hombre de gloria,
Ya que no puede en el mundo
Dormir nunca tu memoria.

Coloso de la fortuna
Fundido para la guerra,
Con la frente allá en la luna
Y por pedestal la tierra).

han sido repetidas veces ensalzadas y exageradas por Ricardo Palma. Sin duda alguna, admitirá toda persona de gusto que tienen animación y entusiasmo no vulgares, y que, entre los *pastiches* Calderonianos, igualan al citado de Arolas y al *A Calderón* de Zorrilla, que figura en las primeras colecciones de éste. Pero de aquí á que *basten á inmortalizar á García y á colocarle entre los primeros poetas de América*, hay gran distancia á lo menos en mi humilde opinión, que me atrevo á sostener que compartirán cuantos lean con serenidad de juicio las celebrados quintillas.

La característica de García es la *facilidad*. Se ve que versifica y rima sin el menor esfuerzo. Es admirable su afluencia, su copia de dicción. Esta cualidad le ha perjudicado y le ha favorecido á la vez. Le ha perjudicado porque no habiendo aprendido á limar y á pulir, es con frecuencia desmayado é incorrecto; porque le ha hecho caer en la monotonía de metáforas y en la tentación de imitar estilos y le ha impedido formarse uno propio; y porque, hasta en sus buenos trozos, nunca le faltan las desigualdades inherentes á la improvisación. Por su negligencia y descuidada verbosidad, García no ocupa en la literatura peruana el puesto á que pudo aspirar con un poco más de trabajo y constancia. Le ha favorecido porque da á sus versos naturalidad y fluidez, y porque no deja de inspirarle, aún en sus más medianas poesías, expresiones y figuras ingénuas y graciosas. Sirvan de comprobación *El vino* y *El niño*. En el cuento *Una anciana en el día de su cumpleaños* (que es mediocre) emplea las siguientes delicadas frases, al hablar de una hija sentada junto á su madre:

Así puesta parecía
En ilusión deleitosa
Galana flor primorosa
De un ya caduco rosal,
Risueño lago tendido
Al pié de angusta montaña,
El lucero que acompaña
Al sol en su funerals.

Estos rasgos de dichosa sencillez no son raros en García. Sin ser de los mejores poetas,—no ya de América—ni siquiera del Perú ni de su generación, Adolfo García tiene, por lo menos, tres composiciones dignas de leerse y de figurar en una juiciosa antología de nuestros líricos: *A Bolívar*, *Mis recuerdos* y *El poeta*;—notable esta última, no por las ideas, que son lugares comunes, sino por el acierto y la nobleza de la dicción poética (2).

Carlos Augusto Salaverry (1831-1890) (3) es uno de los más distinguidos líricos peruanos. Prescindamos de sus dramas. Fueron lamentables equivocaciones, estériles tentativas en un género difícilísimo de cultivar en el Perú, y para el cual Salaverry carecía absolutamente de dotes. La historia los ha olvidado ya, y con harta justicia.

Salaverry vale por sus versos líricos. No le creo comparable con Luis B. Cisneros; sería temeridad, irreverencia, citarle al lado de Olmedo; pero después de haber estado cierto tiempo entre tantas medianías, interesantes por lo que pudieron ser y nó por lo que fueron, el ánimo descansa cuando se llega á él; porque Salaverry, sin ser un dechado, es de aquellos poetas que atraen por lo mismo que no deslumbran, y que logran conmovier. No pretendo que todas sus poesías son estimables. Unas adolecen de inexperiencia de gusto; encuentro otras rematadamente malas, como *El sol de Junín* y *El dos de Mayo* (4); pero, aunque no sea grande ni perfecto, es con frecuencia inspirado, ya valiente y enérgico, ya dulce y melodioso.

Nuestros románticos nunca dejaron de amar y cultivar una especie de clasicismo: el de Quintana. Lo mismo en García y Corpancho; y lo seguiremos viendo en los demás. A ello contribuyó que el romanticismo español venerara á Quintana (y no sin razón) como á uno de sus predecesores. También se debió á que el estilo de Quintana ha gozado en todo tiempo de gran popularidad en la América Española. Son innumerables sus imitadores hispano-americanos. En parte lo fué Salaverry, por su oda *A Puebla* y su *Epicidio al General Castilla*, si bien con un matiz nuevo, que consiste en que sus frases y comparaciones son más concisas y vibrantes, menos amplias que las de Quintana y Olmedo. Salaverry es en este género un apreciable poeta quintanesco.

Los fragmentos que se intitulan *El poeta á la filosofía*, *La filosofía al poeta*, *Horas tristes* y la *Tumba de mis sueños*, son ó quieren ser poesía filosófica. Su filosofía es tenue reflejo de la de Byron y Espronceda. Lo que en ellos interesa es la versificación robusta y el delicado sentimiento de las bellezas naturales. Si pecan de hinchazón declamatoria, este defecto desaparece en los sonetos de *Diamantes y perlas*, de los cuales no desecharía muchos el español Emilio Ferrari. Las elegías amorosas *Mis deseos* y *Acuérdate de mí* son suaves y bellísimas composiciones. ¡Qué ternura de mi sonada y qué versificación tan musical! En *Acuérdate de mí* hay una fragancia lamartiniana. Es la más sentida elegía amorosa de la literatura del Perú.

¡Oh, cuánto tiempo silenciosa el alma
Mira en redor su soledad que aumenta!
Como un péndulo inmóvil, ya no cuenta
Las horas que se van,
Ni siente los minutos cadenciosos
Al golpe igual del corazón que adora,
Aspirando la magia embriagadora
De tu amoroso afán.

Ya no late, ni siente, ni aun respira
Petrificada el alma allá en lo interno:
Tu cifra en mármol con buril eterno
Queda grabada en mí.
No hay queja al labio ni á los ojos llanto;
Muerto para el amor y la ventura,

hablaré, no contienen sino una parte de sus versos. Los demás están inéditos ó se publicaron en periódicos y revistas, principalmente en *La Revista de Lima* y en *El Correo del Perú*. En una minuciosa historia literaria sería conveniente y aun indispensable estudiar y apreciar todas aquellas piezas dispersas. En este ensayo he creído poder dispensarme de aquella fatigosa tarea, tanto más cuanto que naturalmente las composiciones coleccionadas son las mejores ó las menos malas de estos poetas.

[2] Quizá en lo mucho que hay inédito de García, se encuentren obras que puedan modificar este juicio.

[3] *Albores y destellos* (seguidos de *Diamantes y perlas* y las *Cartas á un ángel*. Havre, 1871. Un vol.)

[4] Todos nuestros poetas se han creído obligados á cantar á Junín, á Ayacucho y á Bolívar, y á repetir lo que ya había expresado inmejorablemente Olmedo. Es arriesgado tomar un asunto tratado ya por un gran poeta. Tal vez será por la comparación inmediata que despiertan con Olmedo, pero es cierto que de la inmensa mayoría de estos cantos á la Independencia y también al Dos de Mayo, sólo es recomendable su patriótica intención.

[1] Manuel Adolfo García, *Composiciones poéticas*, Havre, 1872.
Las colecciones que cito de García y de los autores de que á continuación

Está en tu corazón mi sepultura
Y el cadáver aquí.

¡Oh! cuando vea en la desierta playa,
Con mi tristeza y mi dolor á solas,
El vaivén incesante de las olas,
Me acordaré de tí;
Cuando veas que un ave solitaria
Cruza el espacio en moribundo vuelo,
Buscando un nido entre la mar y el cielo,
¡Acuérdate de mí!

Hay en esto una nostalgia, una casta melancolía que traen á la memoria las estrofas de Guido Spano y de Gutiérrez González. En el Perú, donde la literatura de hace cuarenta años es ya casi materia incógnita; donde los críticos, á fuerza de indulgencia generalidad del público literario apenas sabe más que los nombres de los antiguos poetas; no es mucho que se esté á punto de olvidar á Salaverry, aunque muerto ayer, y que se le ponga al por debajo de él. Pero, para los que le conocen y aprecian con discernimiento, su gloria vive, modesta y tranquila, como él la previó cuando dijo:

Yo quiero que murmuren mis cantares
Sobre mi tumba un lánguido rumor,
Como deja en el seno de los mares
Su murmullo la ola que pasó.

porque, á pesar de sus incorrecciones y caídas, á pesar de lo que hubo de efímero y empalagoso en el romanticismo, tal como lo entendía Salaverry, es innegable que tienen sus versos poesía legítima y duradera, romanticismo de buena ley (de ese que no envejece ni envejecerá), y que supo en sus momentos felices hablar aquellas mágicas palabras que despiertan á su conjuro nuestros más exquisitos sentimientos y que hallan siempre eco en nuestro corazón.

Prefiero Salaverry á Clemente Althaus (1835-1881). Me parece Althaus menos inspirado y más artificioso, pero no dejo de reconocer que es uno de los mejores poetas de este grupo. No sé por qué ha tenido tan mala suerte con los críticos españoles que, poco ó mucho, se han ocupado de nuestras cosas, como Menéndez Pelayo y Blanco García. Menéndez dice de él: «Aspiró á la pureza clásica, sin conseguirla más que de lejos. Es bastante correcta en la forma.... Sus versos son atildados, limpios y cultos, pero fríos y secos» (5). Peor aún lo trata Blanco García. Sospecho que en Europa no se le conoce sino por las escasas composiciones suyas que figuran en la *Lira Americana* de Palma y en la *América Poética* de Cortés. Por lo pronto, es ya algún mérito su corrección y limpieza, que lo libra de caer en las impropiedades artísticas de los románticos. Sin duda, su classicismo es tibio y descolorido; no es el de un Chénier, el de un Leopardi ó el de un Fóscolo; pero inútil y vano es pretender esto cuando se trata de literatura peruana. Por lo que toca á la frialdad, en sus poesías líricas más justo sería acusarle de sensible y lacrimoso en extremo, que no de frío y seco.

Althaus no fué romántico sino en las poesías de su juventud; después se convirtió á la escuela clásica, aunque no tan completamente que al leer sus obras no se adivine que por allí ha pasado el soplo del romanticismo. Tampoco acertó á librarse de cierta inseguridad de manera, de cierto *diletantismo* de imitación, muy común en nuestros poetas. Sigue direcciones en realidad diversas, por más que entonces se confundieran bajo el nombre general de classicismo. Unas veces imita á Quintana, otras á los sonetistas italianos y españoles de los siglos XVI y XVII, otras á Fray Luis de León, y otras, por fin, á los clásicos latinos: que en cuanto á los griegos, no parece haberse familiarizado con ellos. Pero al paso que en la expresión, en la forma, Althaus era clásico, sus sentimientos eran románticos. Es uno de los poetas más llorones y quejumbrosos que produjo aquel período, tan fecundo en ellos. Las lamentaciones abundan en él sobre manera y se suceden casi sin interrupción en sus páginas. Llega á hastiar y dan ganas de aplicarle sus propios versos:

Con tus insulsas y continuas quejas
¡Oh llorón insufrible y sempiterno!
Ya no más nos taladras las orejas.

Entrarían en esto por mucho las plañideras y fúnebres modas del tiempo, pero hay algo de personal y sincero; hay una inspiración melancólica, que él mismo calificó de

Musa del desengaño y del dolor;

hay una tristeza enfermiza, que parece anuncio y presagio de la locura que al cabo devoró al poeta.

Lo que perjudica principalmente á Althaus es la abundancia, el exceso de su producción. El tomo de sus poesías impreso en 1872 (Lima, Prince) tiene más de 600 páginas, sin embargo, no comprende todas sus obras, puesto que dejó mucho inédito y no reprodujo todas las *Poesías patrióticas* (impresas en París,

1862). Tal vez para otro de superior talla sería poco, pero para Althaus (que no se distingue ciertamente por la variedad de sus sentimientos, sino, al contrario, por su monotonía) es demasiado. Los poetas medianos, y sobre todos los líricos mediados, no pueden hacer nada peor que producir en tanta cantidad. Se ahogan, dificultan su ructa apreciación, sus méritos se oscurecen y sus lunares resaltan. ¡Cuánto más juiciosos aquellos que han concentrado sus fuerzas en unas pocas composiciones escogidas, logran pasar así fácil y ligeramente á la posteridad, que los acoge benévola porque no la agobian con un farrago y porque no pretenden mayor espacio que el que les corresponde! Declaro que no es tarea divertida y amena leerse de seguida todas las poesías de Althaus.

Por eso creo que redundaría en pro de su fama, hoy inferior á sus méritos, extraer del grueso volumen que dió á la estampa en 1872, las más perfectas composiciones y formar con ellas un reducido tomo, que sería de agradable lectura para las personas de buen gusto y en el cual quedaría cumplidamente representado Althaus con lo que de él merece sobrevivir. De plano rechazaría, para esta especie de ramillete poético, la yerba y afectada oda *A Colón*; los versos inspirados por la guerra con España en 1860 y 1866; la oda *Al Dos de Mayo*, que es una pobre é impertinente imitación de Olmedo. Podrían entrar otras muchas composiciones, las rotuladas *Recuerdo y Querellas*, y las varias *A mi madre*, por la intensidad y sinceridad del sentimiento; *El último canto de Safo* (6), que es menos pedante y más enérgico que la *Epístola de Safo á Faón* citada por Menéndez; *El desahuciado*; *A orillas del mar*; *A un peruano*; *A Lima*; las nobles odas *A la música y Fray Luis de León*; *El fénix*; los diversos fragmentos del *Diario de un viajero americano*, que semejan rumor amortiguado de Vigny y de Byron; algunos sonetos; y casi todos los romances, de elegancia muy concisa y premiosa. La leyenda *Cristina* pertenece al mismo género y estilo que las de don José Joaquín de Mora, y no hay porqué no alabarla si se celebran las *Leyendas españolas*. En cambio, el drama *Antíoco* adolece evidentemente de frialdad: es una tragedia clásica de gabinete, laboriosa y correcta, pero inanimada. El argumento, que es el mismo de *A buen padre mejor hijo* de Moreto, ofrecía, en la rivalidad amorosa del rey Selenco y de su hijo Antíoco, y en la generosidad y delicadeza de ambos, un fecundísimo tema. Es de deplorar que Althaus no haya sacado de él todo el partido que podría esperarse. El conflicto de las pasiones esta expresado en pulidos y castizos versos, con escaso brío y exagerada sobriedad. Althaus, en su prurito de imitación clásica, confundió lo sobrio con lo descarnado; y las figuras de Antíoco, Selenco y Estratónice le salieron pobres y pálidas. No hay vida intensa y palpante. Sin embargo de tales reparos, que la justicia crítica obliga á indicar, *Antíoco* es una apreciable pieza, digna de aplauso si se le compara con lo que suelen ser nuestras producciones dramáticas.

A José Arnalde Márquez (1830-1904) se le ha llamado en varias ocasiones, con esta hipérbole que aquí gastamos, principalmente cuando se trata de juicios literarios, *gran poeta y lírico sin rival entre los de su generación*. Mi crítica tiene muchas deficiencias y muchos defectos, pero nadie puede negarle entera franqueza. Voy, pues, á decir con toda claridad lo que me parecen las obras poéticas de Márquez. Conozco cuatro colecciones suyas: la primera edición de las *Notas perdidas* (Lima 1862); la segunda edición de las *Notas perdidas* (Lima 1878), que debe considerarse como libro distinto, porque casi todas las poesías que en él se contienen, no estaban en el anterior; *Prosa y verso* (Lima, 1901) y el *Canto á San Martín* (Lima 1901). Dícese que además ha escrito mucho en periódicos peruanos y extranjeros, y que dejó numerosos versos inéditos. Pero, á no suponer en Márquez total falta de gusto y de discernimiento crítico, parece natural que sean las mejores de sus poesías aquellas que él cuidó de coleccionar é imprimir. Ni creo que su producción después de 1878 pudiera ser notable y fecunda, puesto que cuando hace pocos años reunió en el tomito *Prosa y verso* lo que reputaba por lo más perfecto de su repertorio literario, no incluyó sino una sóla poesía nueva, una *Meditación*, que es verdaderamente hermosa y elevada.

(Continúa.)

[6] *El último canto de Safo* presenta versos visiblemente imitados de la composición de Leopardi que lleva el mismo nombre.

Que bien sé que en vosotros no se anida
Para Safo ineliz sino quebranto.

Morir, morir escojo,
Y rebelde al tirano omnipotente,
Me burlo de su enojo
Y de la vida con desdén le arrojo
El falso funestísimo presente.

Y tú mancebo ingrato
A quien desesperadamente adoro,

Vive feliz, si pudo
Consentirlo á mortal el negro encono
Del Destino sañudo.

Esta frase es casi traducción exacta de Leopardi. No es rara la imitación de Leopardi en Althaus, el cual se le parece algo por su incurable tristeza y sus predilecciones clásicas. También imitó á Metastasio, sin decirlo:

Si de cristal trasparente
Fueras hombre; y si se viera
Por esa viva idridera
Cuanto quiere, piensa y siente,
etc., etc.

POEMAS CREPUSCULARES



A Mme. EDMOND ROSTAND

PARA UNOS OJOS

Señora: no es tu puro perfil de Anadyomena ni el prodigioso gesto ritual con que estimula mi ensueño tu belleza, la magia que formula el filtro que á tu imperio mi espíritu encadena.

Señora: es de tus ojos antiguos, la serena irradiación celeste, que compasiva adula el engañoso encanto del alma, y que simula ser para el alma encanto de inagotable vena.

De tus pupilas glaucas la clara linfa dora un resplandor de estrellas ó un resplandor de aurora que en tu mirada intensa su claridad diluye;

y en sus tranquilas ondas, al pálido reflejo de azules de Florencia y chispas de oro viejo la tenebrosa barca de mis lujurias huye....

PARA UNAS ROSAS

Rosas que el rosa ténue de senos virginales mostráis, y la clausura del tiesto cristalino ornamentáis con tonos de lampo vespertino ó fugitivas luces de cielos otoñales.

Espirituales rosas que á las espirituales contiendas amorosas unís vuestro destino, poniendo en las mejillas rubores, y en el vino de amor de rojas bocas los hálitos sensuales;

en el fecundo huerto del corazón nacidas las rosas del ensueño dobléganse rendidas al alma de las rosas que en el salón divaga,

y dulces rendimientos el corazón presume en la embriaguez suprema que emerge del perfume y el resplandor de rosa que la pupila embriaga.

PARA UNAS VOCES

En la penumbra incierta del historiado coro disuélvese un perfume como de castidades, y de la nave inmensa las blancas soledades invade un leve soplo de virginal decoro.

De los erguidos cirios de lágrima de oro tiembla al errar el vuelo de espiritualidades que emana de las voces del coro, en suavidades flexibles, ténues, leves, como hálito sonoro.

La vibración postrera se extingue de las voces, y aún se perciben vagos, como sedosos roces que pueblan el silencio de los sitiales almos;

y el ánimo interroga, si en la alta sillería expira lentamente la santa melodía é inicianse en el alma desconocidos salmos.

PARA UNOS MÁRMOLES

La curva, con la gracia de espiritual dulzura de un vuelo desenvuelve sus fugas armoniosas en un desbordamiento de líneas prodigiosas que leves, sutilizan la cándida escultura.

La modelada piedra destácase y fulgura el resplandor que irradian las almas luminosas, los oros, las estrellas, las lirás y las diosas y el genio que en sus trazos anímase y perdura.

Del cincelado torso rompiendo la serena ondulación, el ala esquivo la terrena forma, en la majestuosa realización de un sueño;

y al presentir su ruta de inciertas lejanías del ala cuelgo el hilo de mis melancolías y la impalpable malla de mi vital empeño,

PARA UNOS ASTROS

Las pensativas horas de mis divagaciones, ascienden por la escala de mis filosofías, buscando por senderos de inmensas lejanías el inmutable ritmo de las constelaciones.

En el azul profundo de sus consagraciones, palpita un infinito como de analogías, entre sus lobregueces y las tristezas mías, entre sus lumináres y mis aspiraciones.

De las lunares albas los ópalos prologan los siderales temas en que ávidas dialogan con mis exaltaciones las pálidas estrellas,

y al dar á mis ensueños brillantes espejismos, en sus doradas hebras enredo mis lirismos y aspiro á que perduren lo que perduren ellas.

PARA UNAS LIRAS

¡Oh lirás! ¡Oh prodigios! Que en la sutil esencia del verso habéis fundido la esencia de la vida, con el aroma dulce del alma enflorecida y el corrosivo aroma de la implacable ciencia.

Del vino de la rima la viva efervescencia guarda en sus embriagueces el germen en que anida la magia que transforma la selva presentida en encantado huerto de eterna floescencia.

Yo de ese vino quiero libar hasta las heces, y para que me embarguen las sabias embriagueces que ponen en el alma como el fulgor de un astro;

Rostand me de el Borgoña de su gloriosa Galia, escáncieme D'Annunzio su Lágrima de Italia y bríndeme su Oporto el portugués De Castro.

FEDERICO UHRBACH.



Señorita ENRIQUETA LAFOSSE

Foto. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

El príncipe Alacrán

(CUENTO PARA LEERSE DE NOCHE EN EL LECHO)

MI hermano Feliciano no había regresado á dormir mir y resolví acostarme sin esperarle más tiempo. En esa época aun vivíamos juntos. Con seguridad el muy borracho se había quedado dormido bajo algun banco de la taberna á la que acostumbra ir. Ya me tenían desesperado sus vicios y pensaba arrojarle de casa al siguiente día, pues se hacía imposible la vida común llevando él, como llevaba, una vida tan desastrosa y escandalosa.

Creo haber dicho en alguna ocasión que Feliciano y yo éramos gemelos. ¡Mal haya la hora en que fuimos engendrados! Desventurada ocurrencia de la Fatalidad de traernos al mundo con pocas horas de intervalo, y lo que es peor, con rostros y cuerpos tan semejantes! Los sabios que se dedican á estudios de psico-fisiología no consideran entre las causales que pueden romper la identidad del yo la semejanza absoluta de dos cuerpos. Antes de seguir la relación de un extraño episodio de nuestra vida voy á explicar brevemente uno de los muchos fenómenos psicológicos que se realizaban en mí, con lo cual creo prestar un positivo servicio á la ciencia.

Un actor contraído al estudio de un caracter que necesita interpretar, puede preocuparse tanto de su asimilación que llegue á sentir realmente en su alma el yó del personaje que estudia. Entre mi hermano y yo se realiza frecuentemente, y sin propósito intencionado, este fenómeno, debido sin duda no sólo á la identidad de nuestras personas físicas sino tambien á la confusión de nuestros espíritus en las tenebrosidades de nuestra vida fetal común. Desde pequeños éramos tan semejantes de cuerpo y de rostro que á *nosotros mismos nos era absolutamente imposible distinguírnos*. Cuando estábamos igualmente vestidos y en una situación incolora de espíritu, la semejanza de los cuerpos y la entonación idéntica de la voz nos causaban el efecto de que *ambos éramos incorpóreos*. ¿por qué? Porque ambos teníamos conciencia de la distinción de nuestra persona interna, pero no así *de la de nuestros cuerpos*. A la muerte de nuestro padre (nuestra madre murió al darnos á luz) heredamos una cuantiosa fortuna consistente en dinero depositado en bancos, acciones de varias empresas florecientes, una fábrica de telas de seda acreditada, y varios inmuebles urbanos. Continuamos viviendo en la casa paterna y sucedía que cuando Feliciano ó yo teníamos que salir á nuestros personales asuntos me invadía de pronto la mortificante duda sobre mi personalidad: ignoraba *cuál de los dos cuerpos, el que se iba ó el que se quedaba, era el mío*. —¿Qué rasgo distintivo y personal me puede garantizar que yo soy Macario y no Feliciano?—me preguntaba yo lleno de angustia y, sólo porque comprendía que se reirían de mí es que no detenía al primer transeunte para decirle:— Me he perdido dentro de mí mismo; ayudadme á encontrarme. La duda y las angustias crecían contemplando un gran retrato fotográfico

que nos habíamos hecho juntos: —¿Soy yo el de la derecha, ó el de la izquierda? El mismo rostro tienen ambos, la misma actitud, la misma expresión. Y si yo no podía distinguir las imágenes ¿había acaso algun dato nuevo tratándose de las personas mismas?—Feliciano se emborracha y yo no—me decía procurando serenarme;—luego yo no soy Feliciano sino Macario—¿Y por qué ha de ser Feliciano y no Macario quién bebe? Y aunque así fuera ¿quién te asegura que el que ha salido es el uno y no el otro?—Hombre....vamos, porque *tengo conciencia de no beber*.—Perfectamente, amigo, pero de quién es esa conciencia.—Mía.—Si, ya lo sé ¿pero tu quién eres?—Macario—¿Y por qué no Feliciano? Y así seguía dialogando conmigo mismo y regresando siempre á la misma duda, y por fin era tal la excitación nerviosa que experimentaba que al fin me *sentía borracho*. Y entonces ¡cosa extraña! en vez de ser mayores mis confusiones y tormentos me tranquilizaba, me convencía, me resignaba á ser Feliciano y, rendido por la fatiga quedábame dormido. Es demás referir las confusiones, cómicas muchas veces, en que incurrían nuestros amigos. Un día por común acuerdo, pues convenia á nuestros intereses, fuimos donde un notario público y en presencia de varios testigos nos hicimos *tatuar*, mi hermano y yo, una F y una M respectivamente, en el brazo, cerca de la mano. En seguida publicamos en los diarios de la localidad un anuncio para que los que por cualquier asunto quisieran constatar nuestra identidad nos exigieran les mostráramos la marca que llevábamos en el brazo derecho. Pero esto en nada resolvía el problema psicológico, la duda íntima, porque ¿quién podía asegurarme que el tatuaje no había sido hecho equivocadamente y que en la M grabada en mi brazo no correspondía á Feliciano.....?

Reanudemos nuestra relación. Decía que Feliciano probablemente se había embriagado y dormía encima ó debajo de algun banco de su taberna favorita. Y decía también, que ya me tenía desesperado su desastrosa vida. Constantemente tenía que interesarme por él y pagar gruesas multas y fianzas, que luego, á principios de trimestre, me reembolsaba de la buena parte de renta que le correspondía.

En muchas cosas diferíamos de gustos y opiniones y continuamente estábamos disputando, terminando por lo general nuestras reyertas en mutuas burlas y hasta en mutuos insultos. Imposible discutir serenamente con Feliciano: es intratable. Cuando yo le llamaba: ¡borracho! él me decía en el mismo tono irritado: ¡morfinómano! Y los dos teníamos razón en esto, pues lo confieso, si mi hermano se embriagaba por la boca yo me embriagaba por la piel. De todos modos, con mi vicio ó manía yo no provocaba escándalos y, aun cuando amaba entrañablemente á mi hermano me era imposible seguir viviendo con él. Resolví que nos separáramos.

niera la reina y diera la señal. Cada minuto que trascurría aumentaba la saña y la impaciencia de esos inicuos bicharracos; los crujidos de dientes eran cada vez más horriblos; los que estaban sobre los almohadones me tiraban de los cabellos y golpeaban mi frente con sus colas; otros me cojían las orejas y los dedos de los pies entre las tenazas y apretaban, apretaban..... Al menor movimiento que yo hacía dirijían sus armas contra mí y se preparaban á saltar. No me quedaba otro recurso que el resignarme á morir de un modo tan cruel. De pronto oí un crujido más fuerte.

—¡Dios mio, es la señal!—murmuré en una convulsión de terror—Adios, Feliciano, hermano mio! Oh Dios misericordioso, perdóname todo lo que he blasfemado contra tí. Cuanto me arrepiento de haberte ofendido con una vida tan llena de pecados y depravaciones. Dios magnánimo, Jesus sacramentado: recibe mi alma en tu seno misericordioso! Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.....

Quise cerrar los ojos; pero el terror había petrificado mis párpados. Sentí que los animales tiraban de la sobrecama.... Sería para comerme más fácilmente. Un alacrán negro, hiperbólicamente grande, se irguió encima de los demás; estaba cubierto de telarañas enredadas entre su cabeza chata y horrible, las patas velludas y la espiga ponzoñosa de su cola; tenía grabada una corona en el coselete torácico. Un sacudimiento de horror contrajo todo mi cuerpo. Aquel bicho tenía casi las dimensiones de un muchacho. Avanzó lentamente hacia mí en el espacio que le dejaron respetuosamente los demás escorpiones; cuando su espantosa cabeza estuvo á la altura de la mía, mientras me sujetaba los brazos con las tenazas, me dijo:

—¿A dónde se ha ido tu orgullo de hombre, de sér inteligente? Ah! débil, ruin, cobarde y miserable criatura! Hace poco dejaste un reino sin rey: pensabas que el equilibrio del universo no se rompería con la desaparición de un bicho despreciable, al que su especie seguramente no vengaría, y viniste tranquilamente á tu lecho á dormir sin el más pequeño peso en la conciencia. Te has engañado doblemente, porque el sér despreciable eres tú, tú, el hijo predilecto de la creación, tú, la imagen y semejanza de Dios: no contabas con la venganza de una especie y, ya lo ves, la especie de tu víctima se venga..... No tuviste clemencia con un pobre rey que te imploraba la vida, justo es que no la tengamos con la tuya.

—Perdón, reina, perdón!.....—murmuré gimiendo y castañeteando los dientes.

—Te perdono si reparas tu delito.

Hubo un crujido de rabia por todas partes: las tenazas y las colas se agitaron furiosas dirigiéndose espantosamente amenazadoras hacia mí.

—Sí, tendré clemencia con tigo—repitió la reina.—El rey buscaba entre tus libros la ciencia del buen gobierno; es decir, quería adquirir la astucia, la maldad y la inteligencia de tu especie, cuando le asesinaste villanamente, antes de que lograra realizar su deseo..... Pues bien: yo quiero obtener lo que mi rey y esposo anhelaba, y que tú..... amor puede darme. Sí, te perdono y..... te amo. Eres mío por derecho de venganza y por botín de amor.

Y su boca viscosa y deforme se adhirió amorosamente á mis labios; y sus tenazas ciñeron mi cuerpo. Oh! qué horrible el contacto de esa bestia fría, melosa, áspera, fétida.....

En la mañana llegó Feliciano, borracho aún, y me despertó. Con lengua entrapada comenzó á darme disculpas por su tardanza y su embriaguez. No respondí; estaba conmovido con la aventura repugnante y terrible que había tenido yo en la noche..... Quizá todo había sido una espantosa pesadilla. Para cerciorarme me levanté de la cama y fuí á ver en la habitación contigua el sitio en donde maté al alacrán. El suelo estaba manchado pero habían desaparecido los restos del real cadáver. Se lo habían llevado los súbditos.

Feliciano, al verme regresar inmutado, creyó que era de cólera con él y se levantó para abrazarme. Pero de pronto le vi dando zancadas y traspies.

—Ya está uno..... ya está uno..... ya está el otro! Si habrá más?

—Qué tienes? estás loco, borracho del demonio?

—No, hombre..... Vi un gran alacrán que saltó de tu cama y otro chiquitín y los he despachurado.

—Asesino! le grité con los cabellos erizados— has matado á á la reina y á su hijo..... Desventurado! Esta noche te devorarán!.....

Feliciano alzó los hombros murmurando que yo estaba más borracho que él. Esa misma tarde cambié de casa y me separé de mi hermano, que ha seguido tan borrachón y escandaloso como antes. Feliciano es incorregible.

Lima.

CLEMENTE PALMA.



ARTE FOTOGRAFICO

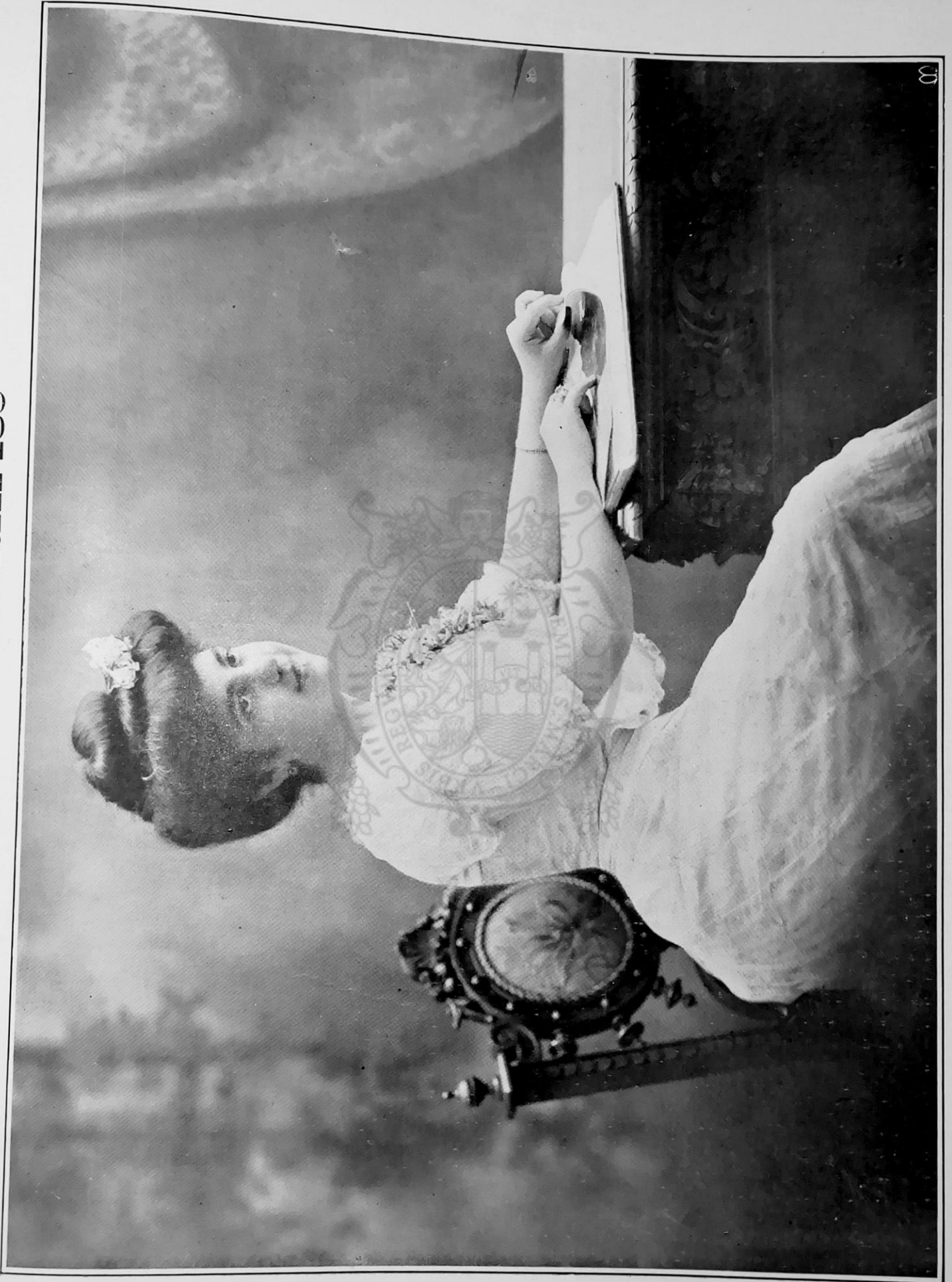


Foto. Moral.

Señorita ROSA LARRABURE

LA EMBUSTERA

No he amado más que á una mujer en mi vida, nos decía un día el pintor D.... He pasado con ella cinco años de perfecta felicidad. Puedo decir que le debo mi celebridad de hoy, porque á su lado el trabajo me era fácil y la inspiración acudía naturalmente.



Cuando la conocí me pareció que era mía desde tiempo inmemorial. Su belleza, su carácter, respondían á todas mis ilusiones. Aquella mujer no me ha dejado nunca; murió en mi casa, entre mis brazos, amándome..... Pues bien, cuando pienso en ella, me encolerizo.

Si procuro representármela tal como la vi durante cinco años, en el apogeo del amor, con su elevada y esbelta estatura, su dorada palidez, sus facciones de judía de Oriente, regulares y finísimas, su hablar lento, acariciador, como su mirada; si procuro dar cuerpo á esa deliciosa visión, es para decirle aún con más fuerza, «Te aborrezco».

Se llamaba Clotilde. En la casa de los amigos donde nos vimos por primera vez, la conocían por la señora de Deloche, y decían que era viuda de un capitán de barco. En efecto parecía que había viajado mucho. En la conversación le acontecía con frecuencia decir: «Cuando yo estaba en Tampico.....;» ó bien: «una vez en la rada de Valparaíso.....» Aparte esto, nada había en sus ademanes, en su lenguaje, que delatase la vida nómada, ni el desorden, la precipitación de las inesperadas salidas y de las bruscas llegadas. Era parisiense; se vestía con gusto exquisito, sin ninguno de esos detalles cursis que delatan á la esposa del marino acostumbrada á llevar con perfección el traje de viaje.

Cuando me dí cuenta de que la amaba; mi primera, mi única idea, fué pedirla en matrimonio. Alguien le habló de mí. Ella contestó sencillamente que no volvería á casarse en su vida. Desde entonces huí de verla, y como mi pensamiento estaba demasiado impresionado y no había manera de que trabajase, decidí viajar.

Haciendo estaba yo mis preparativos de viaje, cuando una mañana, en mi propia



habitación, entre el desorden de los muebles abiertos y de las maletas á medio hacer, ví entrar, con gran estupor mío, á la señora de Deloche.

«¿Por qué se va usted? me dijo dulcemente.....¿Porque me ama? Yo también le amo á usted..... Solamente que soy casada». Y me contó su historia.

Toda nna novela de amor y de abandono. Su marido bebía y le pegaba. Se habían separado á los tres años de casados. Su familia, de la cual parecía estar muy orgullosa, ocupaba una elevada posición en París; pero desde que se casó no querían recibirla. Era sobrina del gran rabino. Su hermana, viuda de un militar de alta graduación, se había casado en segundas nupcias con el guarda general del bosque de Saint-Germain. Ella, arruinada por su marido, había, por fortuna, conservado de su primera educación una porción de habilidades, gracias á las cuales se ganaba la vida. Daba lecciones de piano en algunas buenas casas de la Calzada de Antin, del barrio Saint-Honoré, y ganaba de sobra para vivir....

La historia era conmovedora, pero un tanto larga; llena de deliciosas repeticiones y de esos incidentes interminables que embrollan los relatos femeniles. Así es que tardó algunos días en contármela. Yo había alquilado en la avenida de la Emperatriz, entre calles silenciosas y jardincillos tranquilos, una casita para nosotros dos.

Allí me hubiera pasado un año oyéndola, mirándola, contemplándola, sin pensar en trabajar. Ella fué quien me hizo ir al estudio, y yo no pude prohibirle que siguiese dando sus lecciones. Aquella dignidad de su vida, de la cual era muy cuidadosa, me conmovía mucho. Admiraba yo aquel alma altiva y me sentía un poco humillado ante aquella firme voluntad de deberlo todo á su trabajo. Todo el día estábamos separados, y sólo por la noche nos reuníamos en nuestra casita.

¡Con qué satisfacción entraba y allí, qué impacientemente cuando ella tardaba en volver, y qué alegre cuando la encontraba allí! De sus excursiones por París me llevaba ramos de flores y recuerdos. Algunas veces la obligaba á aceptar un regalo; pero ella, riendo, decía que era más rica que yo; y el hecho es que sus lecciones debían producir mucho, porque vestía siempre con gran elegancia y el traje negro que usaba por una coquetería de color y de belleza, tenía matices de terciopelo, de gro y de raso, y una riqueza de encajes de seda en la cual la vista descubría, bajo una sencillez aparente, un mundo de elegancias femeninas en los mil reflejos de un sólo color.



LA EMBUSTERA

No he amado más que á una mujer en mi vida, nos decía un día el pintor D..... He pasado con ella cinco años de perfecta felicidad. Puedo decir que le debo mi celebridad de hoy, porque á su lado el trabajo me era fácil y la inspiración acudía naturalmente.



Cuando la conocí me pareció que era mía desde tiempo inmemorial. Su belleza, su carácter, respondían á todas mis ilusiones. Aquella mujer no me ha dejado nunca; murió en mi casa, entre mis brazos, amándome..... Pues bien, cuando pienso en ella, me encolerizo.

Si procuro representármela tal como la vi durante cinco años, en el apogeo del amor, con su elevada y esbelta estatura, su dorada palidez, sus facciones de judía de Oriente, regulares y finísimas, su hablar lento, acariciador, como su mirada; si procuro dar cuerpo á esa deliciosa visión, es para decirle aún con más fuerza, «Te aborrezco».

Se llamaba Clotilde. En la casa de los amigos donde nos vimos por primera vez, la conocían por la señora de Deloche, y decían que era viuda de un capitán de barco. En efecto parecía que había viajado mucho. En la conversación le acontecía con frecuencia decir: «Cuando yo estaba en Tampico.....» ó bien: «una vez en la rada de Valparaíso.....» Aparte esto, nada había en sus ademanes, en su lenguaje, que delatase la vida nómada, ni el desorden, la precipitación de las inesperadas salidas y de las bruscas llegadas. Era parisiense; se vestía con gusto exquisito, sin ninguno de esos detalles cursis que delatan á la esposa del marino acostumbrada á llevar con perfección el traje de viaje.

Cuando me dí cuenta de que la amaba; mi primera, mi única idea, fué pedirla en matrimonio. Alguien le habló de mí. Ella contestó sencillamente que no volvería á casarse en su vida. Desde entonces huí de verla, y como mi pensamiento estaba demasiado impresionado y no había manera de que trabajase, decidí viajar.

Haciendo estaba yo mis preparativos de viaje, cuando una mañana, en mi propia



habitación, entre el desorden de los muebles abiertos y de las maletas á medio hacer, ví entrar, con gran estupor mío, á la señora de Deloche.

«¿Por qué se va usted? me dijo dulcemente.....¿Porque me ama? Yo también le amo á usted..... Solamente que soy casada». Y me contó su historia.

Toda nna novela de amor y de abandono. Su marido bebía y le pegaba. Se habían separado á los tres años de casados. Su familia, de la cual parecía estar muy orgullosa, ocupaba una elevada posición en París; pero desde que se casó no querían recibirla. Era sobrina del gran rabino. Su hermana, viuda de un militar de alta graduación, se había casado en segundas nupcias con el guarda general del bosque de Saint-Germain. Ella, arruinada por su marido, había, por fortuna, conservado de su primera educación una porción de habilidades, gracias á las cuales se ganaba la vida. Daba lecciones de piano en algunas buenas casas de la Calzada de Antin, del barrio Saint-Honoré, y ganaba de sobra para vivir....

La historia era conmovedora, pero un tanto larga; llena de deliciosas repeticiones y de esos incidentes interminables que embrollan los relatos femeniles. Así es que tardó algunos días en contármela. Yo había alquilado en la avenida de la Emperatriz, entre calles silenciosas y jardincillos tranquilos, una casita para nosotros dos.

Allí me hubiera pasado un año oyéndola, mirándola, contemplándola, sin pensar en trabajar. Ella fué quien me hizo ir al estudio, y yo no pude prohibirle que siguiese dando sus lecciones. Aquella dignidad de su vida, de la cual era muy cuidadosa, me conmovía mucho. Admiraba yo aquel alma altiva y me sentía un poco humillado ante aquella firme voluntad de deberlo todo á su trabajo. Todo el día estábamos separados, y sólo por la noche nos reuníamos en nuestra casita.

¡Con qué satisfacción entraba y allí, qué impacientemente cuando ella tardaba en volver, y qué alegre cuando la encontraba allí! De sus excursiones por París me llevaba ramos de flores y recuerdos. Algunas veces la obligaba á aceptar un regalo; pero ella, riendo, decía que era más rica que yo; y el hecho es que sus lecciones daban elegancia y el traje negro que usaba por una coquetería de color y de belleza, tenía matices de terciopelo, de gro y de raso, y una riqueza de encajes de seda en la cual la vista descubría, bajo una sencillez aparente, un mundo de elegancias femeninas en los mil reflejos de un sólo color.



Su profesión, decía ella, no tenía nada de penosa. Todas sus discípulas, hijas de banqueros, de agentes de bolsa, la adoraban, la respetaban; y más de una vez me enseñó una pulsera, una sortija, que le daban en agradecimiento al interés que se tomaba por las discípulas. Fuera de las horas de trabajo no nos separábamos nunca, no íbamos á ninguna parte. Solamente los domingos iba ella á Saint-Germain para ver á su hermana, la mujer del guarda general, con quien había hecho las paces. Yo la acompañaba hasta la estación. Volvía aquella misma noche, y con frecuencia, en los días largos, nos citábamos en una estación del camino, á la orilla del agua ó en el lindero del bosque. Me relataba su visita, el buen aspecto de los niños, la felicidad del matrimonio. Todo aquello me acongojaba por ella, privada para siempre de una verdadera familia, y yo redoblaba mis atenciones y caricias á fin de hacerle olvidar aquella falsa posición que debía de apenar mucho á un alma tan bien templada.



¡Qué tiempos aquellos tan felices! Yo no dudaba de nada. Todo cuanto decía parecía tan verdadero, tan natural.... Sólo le censuraba una cosa. Alguna vez, al hablarme de las casas que frecuentaba, de las familias de sus discípulos, acudían á su boca en abundancia una porción de pormenores supuestos, de intrigas imaginarias que inventaba ella á despecho de todo. A pesar de su tranquilidad, veía siempre la novela en derredor suyo, y su vida se pasaba en combinaciones dramáticas. Aquellas quimeras turbaban mi felicidad. Yo, que hubiera querido alejarme del resto del mundo para vivir encerrado con ella, la encontraba demasiado ocupada en cosas indiferentes. Pero bien podía perdonarse este defecto á una mujer joven y desgraciada, cuya vida había sido hasta entonces una verdadera novela triste, sin desenlace probable.



Una sola vez tuve una sospecha, ó, mejor dicho, un presentimiento. Un domingo por la noche no vino á dormir. Yo estaba desesperado. ¿Qué hacer? ¿Ir á Saint-Germain? Podía comprometerla. Sin embargo, después de una noche horrible estaba ya decidido á marchar en su busca cuando se presentó muy pálida y muy turbada. Su hermana estaba enferma, y había creído que debía que-

darse para verla. Creí lo que me decía, sin desconfiar de aquel flujo de palabras que se desbordaban á cualquier pregunta mía, ahogando siempre la idea principal en una porción de pormenores inútiles: la hora de llegada, las descortesías de un empleado de la estación, el retraso del tren. Dos ó tres noches, en aquella misma semana, se quedó á dormir en Saint-Germain; luego, una vez terminada la enfermedad, volvió á su vida regular y tranquila.

Desgraciadamente, algún tiempo después le tocó á ella caer enferma. Un día volvía de sus lecciones temblorosa; mojada, febril. Declaróse una fluxión al pecho, grave desde el primer momento y pronto incurable, según me dijo el médico. Yo experimenté un dolor inmenso, enloquecedor. Después no pensé más que endulzar sus últimos momentos. Aquella familia, á quien tanto quería, de quien tan orgullosa se mostraba, la llevaría yo allí, á la cabecera de la enferma. Sin decir nada escribí primero á su hermana, la que estaba en Saint-Germain, y en persona fuí á casa de su tío el gran rabino. Nose á que hora inoportuna me presenté. Las grandes catástrofes trastornan la vida por completo y la agitan hasta en sus más insignificantes pormenores.... Créo que el buen rabino estaba comiendo. Salió azorado y me recibió en la antesala.

—Caballero, le dije; hay momentos en los cuales deben cesar todos los odios....

Su respetable rostro se volvió hacia mí con expresión de asombro.

—La sobrina de usted se está muriendo.

—¡Mi sobrina!.... No tengo ninguna sobrina; usted está equivocado.

—¡Oh! caballero; os ruego que olvidéis estos ridículos odios de familia.... Hablo de la señora de Deloche, la mujer del capitán....

—No conozco á esa señora.... Usted está confundido, hijo mío, se lo aseguro.

Y suavemente me llevaba hasta la puerta, tomándome, sin duda, por un mixtificador ó por un loco. Verdaderamente yo debía tener un aspecto muy extraño. ¡Lo que acababa de saber era tan inesperado, tan terrible!... ¡Me había engañado ella!.... ¿Por qué?... De pronto se me ocurrió una idea. Hice que el coche me llevara á casa de una de sus discípulas, de la cual hablaba con mucha frecuencia, la hija de un banquero muy conocido.

Pregunté al criado:

—¿La señora de Deloche?

—Aquí no es.

—Sí, ya lo sé.... Es una señora que da lecciones de piano á las señoritas.

—En casa no hay señoritas, ni piano siquiera... No sé yo qué quiere usted decir.

Y me dió con la puerta en las narices.

No continué haciendo averiguaciones. Estaba ya seguro de encontrarme en todas partes con la misma respuesta, con igual desengaño. Al entrar en nuestra casa



me dieron una carta, que traía el sello del correo de Saint-Germain. La abrí sabiendo por anticipado lo que contenía. Tampoco el guarda general conocía á la señora de Deloche. No tenía, además, ni mujer ni hijos.

Aquel fué el último golpe. Durante cinco años cada una de sus palabras había sido una mentira.... Mil ideas de celos me acometieron á la vez, y como un loco, sin saber lo que hacía, entré en la alcoba donde estaba muriéndose. Todas las preguntas que me atormentaban cayeron juntas sobre aquel lecho de dolor: «¿Qué ibas á hacer á Saint-Germain los domingos?.... ¿En dónde pasabas los días?..... ¿Dónde dormiste aquella noche?..... Vamos, responde.» Y me inclinaba hacia ella, buscando en el fondo de sus ojos, bien altivos y hermosos, las respuestas que esperaba con angustia; pero ella permaneció muda impasible.

Yo continué, temblando de rabia: «No dabas lecciones. He estado en todas partes. Nadie te conoce.... Entonces, ¿de dónde salían esas alhajas, esos encajes, ese dinero?» Ella me dirigió una mirada de una horrible tristeza, y nada más..... Verdaderamente debía dejarla morir tranquila..... Pero la había amado demasiado. Los

celos podían más que la compasión, y continué: «Me has estado engañando durante cinco años. Me has mentado todos los días, á todas las horas. Conocías mi vida, y yo nada sabía de la tuya. Nada ni siquiera tu nombre. Por que ese, ese nombre que usabas no era el tuyo, ¿verdad? ¡Oh! ¡La embustera, la embustera!.... Pensar que se va á morir y que no sé cómo llamarla..... Vamos, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A qué te has cruzado en mi camino?.... ¡Habla! ¡Dime algo!»

¡Esfuerzos inútiles! En lugar de responder, volvía trabajosamente la cara hacia la pared, como si hubiera temido que su última mirada me descubriese su secreto.... ¡Y así murió la infeliz! Murió disimulándose, mintiendo hasta el final.

ALFONSO DAUDET.



RIMAS

¡Oh, mi vida que en la cumbre
del Ajusco hogar buscó,
y tan fría se moría
que en la cumbre halló calor!
¡Oh los ojos de la virgen
que me vieron una vez,
y mi vida estremecida
en la cumbre volvió á arder!

Entró la niña en el bosque
del brazo de su galán,
y se oyó un beso, otro beso,
y no se oyó nada más.

Una hora en el bosque estuvo;
salió al fin sin su galán:
se oyó un sollozo; un sollozo,
y después no se oyó más.

Allá en la sombría,
solemne Alameda,
un ruido que pasa,

una hoja que rueda,
parece al malvado
gigante que alzado
el brazo le estruja,
la mano le oprime,
y el cuello le estrecha,
y el alma le pide—
y es ruido que pasa
y es hoja que rueda;
allá en la sombría,
callada, vacía,
solemne Alameda.....

La del pañuelo de rosa,
la de los ojos muy negros:
no hay negro como tus ojos
ni rosa cual tu pañuelo.

La de promesa vendida,
La de los ojos tan negros,
más negras son que tus ojos,
las promesas de tu pecho.

José MARTÍ.

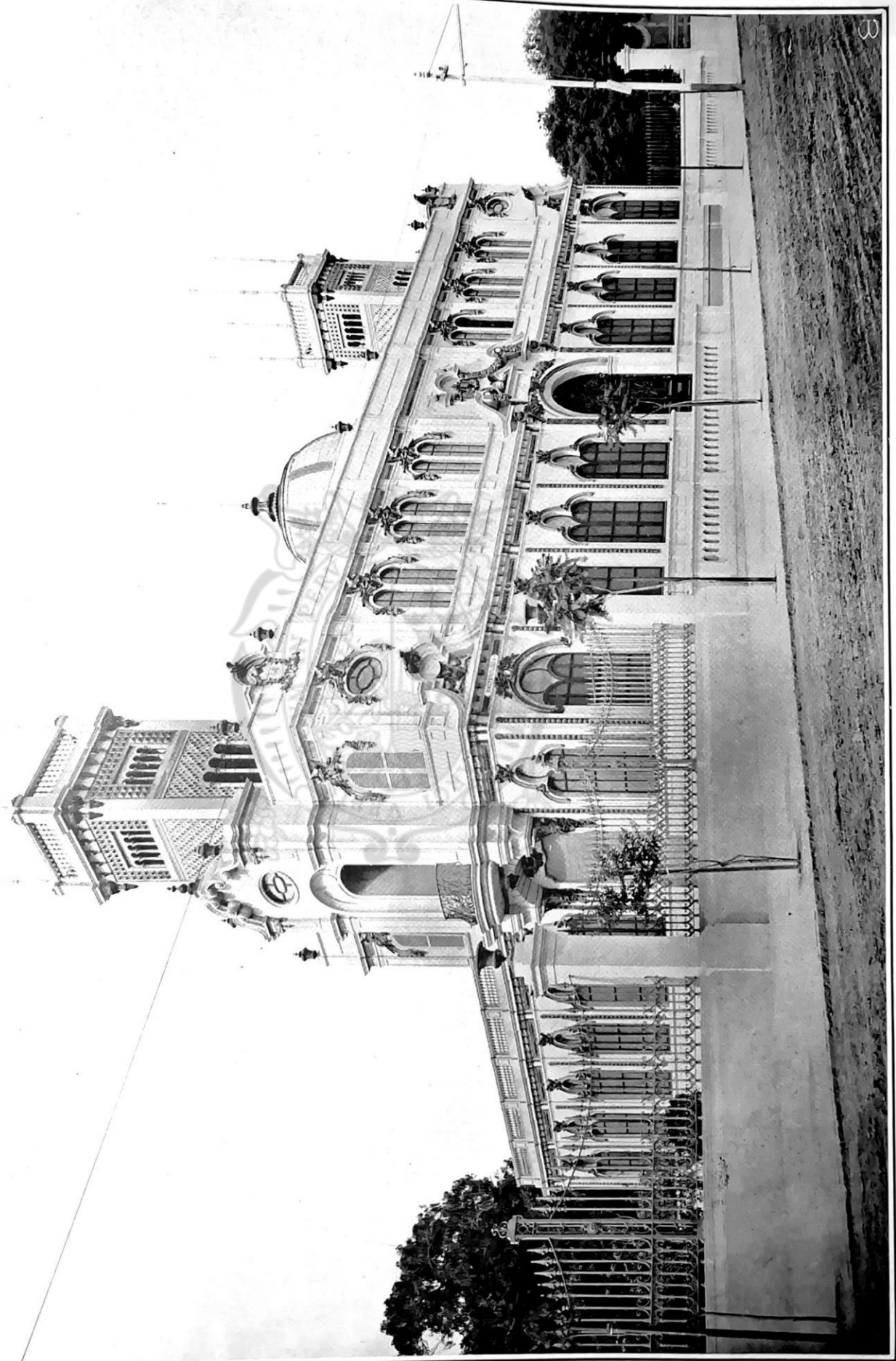


Foto. Moral

INSTITUTO MUNICIPAL DE HIGIENE

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

INSTITUTO MUNICIPAL DE HIGIENE

EL Instituto de Higiene de la ciudad de Lima, fundado por el bacteriólogo italiano doctor Biffi, debe su creación á la iniciativa del señor doctor Agnoli, Inspector de Higiene del H. Concejo Provincial, apoyada eficazmente por el Alcalde de Lima señor don Federico Elguera y por el cuerpo de concejales elegidos en 1901, cuyo programa de Administración Municipal prestaba preferente atención á la Higiene. Su principal objeto consiste en comprobar bacteriológica y químicamente las cualidades higiénicas de los alimentos y bebidas que se expenden en Lima, el agua usada para el consumo, el aire de los locales habitados, y, en general, ocuparse de las investigaciones científicas en todo aquello que á la higiene práctica y experimental atañe. Esto lo hace un centro consultivo para resolver problemas relativos á la higiene urbana, particularmente aquellos que exijan comprobaciones experimentales.

Es, además, agente efectivo de profilaxia, haciéndose en el Instituto investigaciones que permiten el diagnóstico precoz de las enfermedades infecciosas. La peste no habría podido ser diagnosticada y combatida desde su comienzo sin auxilio de la bacteriología. Esta es la ocasión de hacer resaltar las grandes ventajas que ha obtenido la ciudad de Lima y el país entero del diagnóstico precoz y evidente de la peste, hecho por el ex-director del Instituto, y que jamás habría podido hacerse con precisión y absoluta certeza recurriendo únicamente á la clínica.

En casos como estos, en que la amenaza de introducirse una epidemia en un país, hace necesarias enérgicas medidas que comprometan grandes intereses comerciales, es necesario también una prueba irrefutable, indiscutible, para justificar la adopción de esas medidas, y esa prueba sólo puede darla la bacteriología.

Esta consideración bastaría, por sí sola, para justificar la implantación del Instituto de Higiene y probar la necesidad de sostenerlo y fomentarlo.

Si en Lima se hubiera descuidado la peste en sus primeras manifestaciones, ésta habría asumido la forma de una epidemia semejante á la que asoló Mazatlán, poco antes de aparecer en el Perú.

El Instituto de Higiene está ubicado en el Parque Colón, hacia la parte media de su costado meridional, mirando su elegante fachada hacia el Paseo «9 de Diciembre» sobre el que se abre su entrada principal.

Ocioso es insistir acerca de las grandes ventajas que para el establecimiento se derivan de esta situación aislada, que le asegura amplia ventilación y luz abundante.

El area del edificio es de 750 metros cuadrados, teniendo su frente una longitud de 32 metros.

Para su construcción se ha aprovechado parte de los materiales y especialmente el esqueleto del pabellón del Perú en la Exposición Universal, que en París tuvo lugar en 1900.

Es necesario decir que, tanto en los delineamientos generales como en la disposición detallada, el Pabellón ha sido sustancialmente modificado.

El Instituto consta de dos pisos en el cuerpo principal y sólo de uno en las alas ó cuerpos laterales.

La planta baja se ha destinado para los laboratorios y servicios anexos.

En el piso alto se han instalado las bibliotecas, depósitos y servicios técnicos accesorios al Instituto.

Para la consecución de este objeto, se ha ensanchado el piso alto del pabellón del Perú, que era de un ancho menor que el inferior, sustituyendo los nichos esféricos que presentaba la fachada lateral alta por ventanas del mismo estilo que las de los extremos de la fachada principal.



Dr. J. B. AGNOLI

Foto. Garraud

El ensanche del pabellón, en la fachada principal alta y baja, se ha conseguido simplemente con la adición de una ventana más á cada lado del eje; el lateral de la planta baja con la colocación de cinco ventanas del mismo estilo que las correspondientes del pabellón del Perú y que forman las alas ó cuerpos laterales.

Se ha ensanchado convenientemente las torres de los extremos, y la cúpula central ha sido levantada á 0.80 de su nivel primitivo, para que el efecto del conjunto sea análogo al que el edificio presentó en París.

Las fachadas laterales en el extremo anterior tienen los balcones de fierro decorados que existieron en el edificio original, y para que la semejanza de esta fachada sea mayor, se ha colocado los portones laterales; pero con el objeto de aprovechar el espacio correspondiente, las puertas han sido condenadas.

El espacio comprendido entre las posiciones laterales, el cuerpo principal del edificio y el establo, corresponde á un patio de forma rectangular con dos accesos por ambos lados de esta construcción.

El patio está rodeado por una escalinata compuesta de cinco escalones, que sirven de transición entre el nivel de éste y el de las habitaciones de la planta baja del Instituto; además, en los pasajes que quedan entre dos pequeños jardines interiores, hay pasadizos que sirven para la comunicación externa entre los distintos cuerpos del edificio.

Las secciones de bacteriología y química son simétricas y están también simétricamente distribuidas, quedando separadas una de otra por un vestíbulo y la escalera principal.

La sección bacteriológica está compuesta de una sala para recibo de muestras, un cuarto para lavarse y desinfectarse, salas de termóstatos, un gran laboratorio. Salas para lavado, esterilización de aparatos y preparación de medios de cultivo; un laboratorio especial para el director y servicios higiénicos.

La sección química, comprende una salita de balanzas; cámara oscura, para los trabajos fotográficos y de análisis óptico, salón de laboratorio principal; sala para lavar aparatos; laboratorio especial y servicio higiénico.

El piso superior se compone de un gran vestíbulo central, destinado á museo de higiene, y de dos departamentos simétricos, en los que están instalados las bibliotecas, el servicio de microfotografía y depósitos para materiales de repuesto.

Dos magníficas terrazas ocupan la parte alta de los cuerpos laterales. Desde ellas se goza de un panorama soberbio, que reviste gran esplendor al ponerse el sol.

En el breve espacio de tiempo que tiene de instalado el Instituto, ha realizado importantes labores en pro de los intereses de la salubridad urbana. La investigación diaria de las cualidades del agua potable, el constante estudio de la composición de los alimentos y bebidas que se consumen en Lima, la comprobación bacteriológica de las enfermedades que pueden hacerse focos de contagio, hacen de ese establecimiento factor importantísimo de la higiene urbana cuya buena conservación garantiza.

Al ausentarse de Lima el doctor Biffi fué reemplazado por el doctor M. O. Tamayo, que acababa de regresar de Europa, donde había hecho estudios especiales sobre higiene y bacteriología. La sección química continuó á cargo del doctor C. A. García.

La marcha del doctor Biffi, generalmente sentida, fué especialmente lamentada por sus colegas del Instituto que le profesaban sincero afecto y la admiración que sus méritos imponían. Felizmente, sus sucesores han continuado brillantemente su obra, manteniendo todo el prestigio del Instituto. Prueba de ello se tiene en la memoria municipal de 1905.



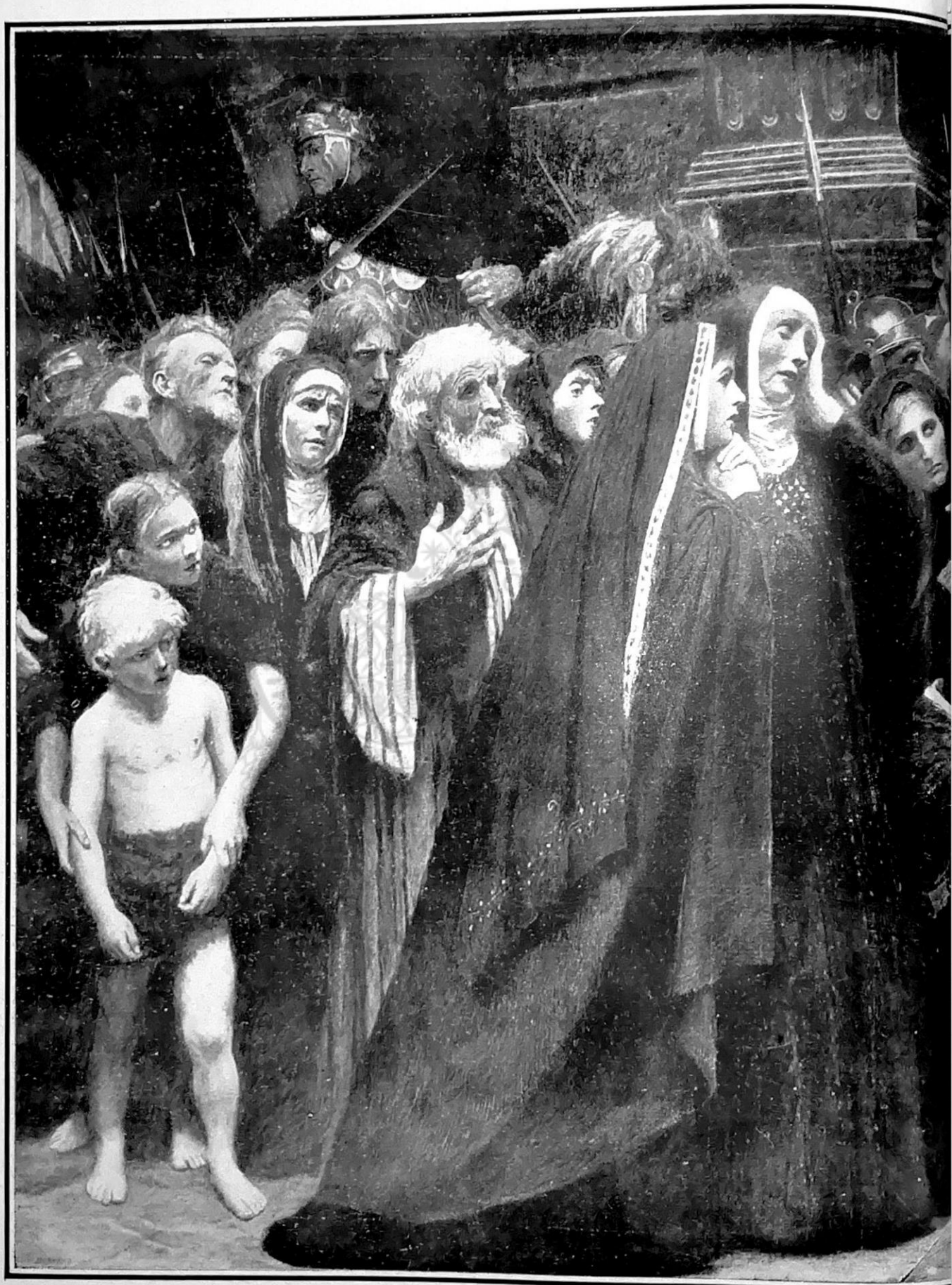
Dr. M. O. TAMAYO

Foto. Moral.

La instalación de los servicios de vacunación anti-rábica y de profilaxia de la tuberculosis, la preparación de la tuberculina, un profundo estudio sobre la fiebre tifoidea que tantos estragos causa en Lima, un detallado trabajo sobre cremación y utilización de las basuras, importantes iniciativas para el mejoramiento de las condiciones del agua potable, además de la labor diaria, y de una serie de otros estudios sobre bacteriología y química hacen apreciar la magnitud de la obra realizada durante el último año.

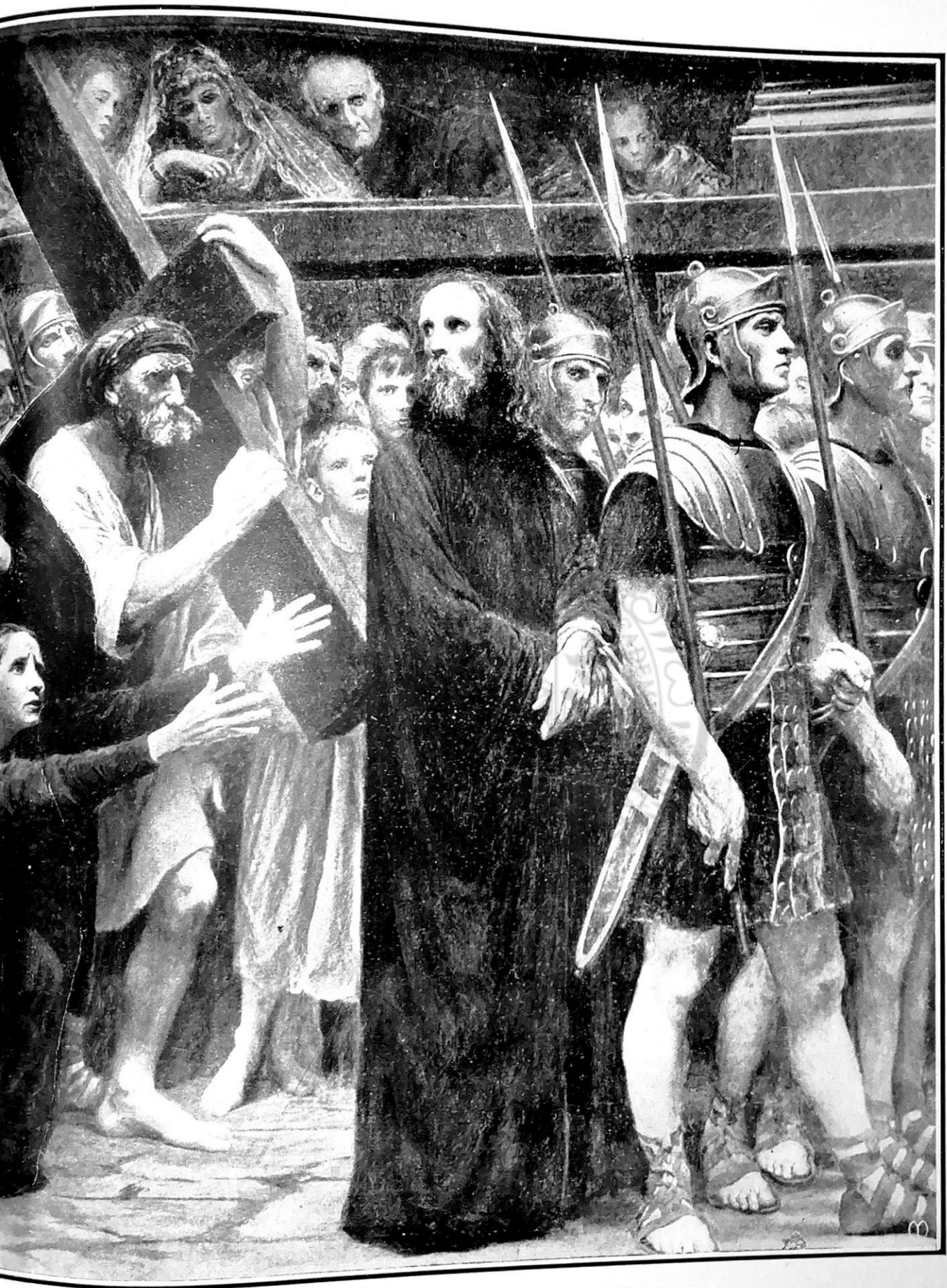
El Instituto de Higiene no es solamente una oficina de investigaciones aplicadas á la salubridad urbana, es además un centro de producción científica en constante actividad. Nuestros periódicos médicos insertan á menudo trabajos que salen de los laboratorios del Paseo Colón, muchos de los cuales han sido reproducidos en las revistas científicas europeas.

El museo de Higiene que va á instalarse próximamente en el hall del piso alto contribuirá á instruir al público en las prácticas higiénicas. Allí se exhibe una hermosa reproducción en relieve del futuro hospital de mujeres proyectado por el doctor Tamayo y el señor P. E. Paulet, actual director de la Escuela de Artes y Oficios.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

VIA DOLOROSA



Salón — 1905

por Eugenio Burnand

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

SCIENTIA

¿SORPRENDIENDO EL SECRETO DE LA VIDA?

III

¡QUO NON ASCENDAM!

LA materia animada existía. La vida, nacida en el mar se agitaba en sus primeros estremecimientos, oscura y vaga aún en sus formas, indecisa en sus manifestaciones. El primero de los seres vivientes, tabernáculo y cuna de la vida, se ostentaba imperfecto, rudimentario, constituido por un simple grumo de esa materia misteriosa que los sabios llaman *protoplasma*. Al verlo tan humilde en su organización, tan imperfecto en sus funciones, tan desprovisto de personalidad é iniciativa, no habría podido tomársele por quien era: el fundador de esta prodigiosa dinastía de la vida que se ha enseñoreado de la Tierra, ni se habría creído lícito ver en su actividad oscura el episodio primero de la odisea vital.

¿Qué fuerza misteriosa encerraba ese grumo gelatinoso de protoplasma? ¿Qué irresistible energía se escondía en su masa, para hacerlo capaz de franquear en algunos milenios el trayecto inmenso que existe entre él y los animales superiores? Para realizar semejante milagro ha debido acumular en sí mismo una potencia colosal, una virtud capaz de todos los prodigios y de todas las maravillas.

¿Puede admitir la ciencia, sin caer en la más fantástica hipótesis, esta acumulación colosal de potencia en tan reducida cantidad de materia? Hasta hace poco la respuesta fué siempre negativa; los estudios de la física contemporánea han hecho creer á ciertos sabios que el hecho no solamente es posible, sino perfectamente natural.

La energía *intra-atómica*, es decir, la fuerza que produce la disociación de la materia, les sirve de ejemplo para mostrar la magnitud inconmensurable de las potencias condensadas en cada partícula material.

Todos los cuerpos de la naturaleza tienden á disociarse, es decir á descomponerse en sus átomos, á difundirse en el ambiente, á sufrir una especie de evaporación suprema que hace casi inmaterial á la materia, transformándola de sustancia ponderable en imponderable. Las emanaciones del radium y de todos los cuerpos espontáneamente disociables, están formadas por partículas que se lanzan en el espacio con velocidades que exceden á cien mil kilómetros por segundo. Bajo diversas influencias los otros cuerpos, hasta los más vulgares, los guijarros, v. g., tienden igualmente á disociarse, ó sea, á resolverse en partículas infinitesimales que se esparcen en el ambiente.

Ahora bien: calculando la potencia desarrollada por estas partículas materiales animadas de semejante velocidad, se llega, mediante operaciones aritméticas muy simples, á resultados sorprendentes. Así, por ejemplo, si lográramos transformar en trabajo mecánico la disociación completa de una moneda de plata de cinco centavos de sol, obtendríamos cerca de diez millones de caballos de vapor, es decir, la fuerza suficiente para hacer recorrer á un tren de carga compuesto de cuarenta carros de doce toneladas de peso un trayecto igual á seis veces la circunferencia de la tierra.

Para efectuar ese mismo trabajo valiéndonos del carbón, tendríamos que emplear cerca de tres millones de kilogramos, que representan un gasto de más de cuarenta mil soles. Esta cifra representa el valor mercantil de la energía intra-atómica contenida en una pieza de cinco centavos de sol.

Este ejemplo y otros muchos nos muestran que la ma-

teria es capaz de acumular energías enormes en pequenísimos volúmenes. ¿Pero las que encerraba en sí mismo el primer grumo de materia viviente eran suficientes para cubrir la Tierra de plantas y animales, para hacer de su propia sustancia la materia constitutiva de los innumerables seres vivos que pueblan el planeta? Evidentemente nó.

Las energías acumuladas en la materia, colosales si se atiende al trabajo mecánico que pueden realizar y al reducido espacio en que están condensadas, resultan, sin embargo, insignificantes, mezquinas, absolutamente insuficientes para llevar á cabo la maravillosa génesis del imperio orgánico. No bastarían tales energías, aún suponiéndolas centuplicadas, para formar los millones de seres eminentemente complejos, que forman una sola de las especies animadas. Tal prodigio requiere fuerzas inconcebibles para nuestra imaginación, fabulosas hasta el punto de poderse expresar apenas con los guarismos ordinarios, atineando cifras y cifras en cadena sin fin.

La desproporción del trabajo realizado, con el volumen del primer ser viviente, hizo que Lamarck, Darwin y todos los transformistas sus discípulos, atribuyeran principalmente á las fuerzas externas la causa de la creación de los seres vivientes.

Considerando la vida como un conflicto entre el sér vivo y el medio ambiente, la escuela transformista admite en la materia animada un atributo fundamental: la variabilidad, es decir, la facultad de modificarse de acuerdo con las necesidades que le impone el medio exterior. Gracias á esta propiedad, el sér vivo, á manera de arcilla plástica, reviste la forma necesaria para vivir en un ambiente determinado, reacciona contra las causas de destrucción fabricando defensas específicas, ó modificando su propio sér hasta hacerlo capaz de desafiar impunemente las acciones dañosas. Las nuevas cualidades que así adquiere y que aumenta su resistencia, no se pierden, sino que son transmitidas á los descendientes, á manera de preciosa herencia. Variabilidad ó virtud de adaptación y facultad de transmitir por la herencia los caracteres adquiridos: he ahí las dos fuerzas inherentes á la materia viviente gracias á las que, según Lamarck y Darwin, ha podido elevarse desde humildísimo grumo de protoplasma, al parecer privado aún de vitalidad, hasta el más perfecto de los animales ó el vegetal de más alto rango. Son esos dos factores las virtudes esenciales de la materia viviente á las que debe su maravilloso encumbramiento. Gracias á ellas el sér vivo fué desde el principio dueño del porvenir y seguro de la victoria pudo creerse capaz de alcanzar las más elevadas cimas. ¡*Quo non ascendam!*

Para triunfar en el conflicto vital poseía el sér vivo el palladium formado por esta virtud, de ser plástico y de saber conservar la benéfica luella impresa por las acciones externas; estas últimas, á su vez, oponiendo barreras á la vida, haciéndola difícil, tratando de destruirla en sus orígenes y obstaculizando su desarrollo, la hicieron más vigorosa, la perfeccionaron, y de la lucha surgió cada vez más fuerte, más noble y más aguerrido el ejército de la vida.

El *struggle for life*, la selección natural, la brusca variación de las condiciones externas en esas épocas de diarias convulsiones geológicas, obligaron al sér vivo á mo-

dificarse mil veces, adaptándose á las transformaciones del medio, cambiando no sólo su manera de vivir y sus tenues fuerzas eran capaces de resistir tan adversas condiciones; los otros morían, pero los sobrevivientes habían adquirido vigorosos y más aptos para vivir, se habían perfeccionado y sus descendientes adquirirían por herencia las nuevas cualidades, que ya quedaban fijas, como atributos propios de la especie. Y fué así como de perfeccionamiento en perfeccionamiento los seres vivientes fueron subiendo penosamente, uno á uno, los tramos innumerables de la escala que conduce de la mónera al hombre.

Mil pruebas demuestran la verdad de las teorías transformistas. Es un hecho indiscutible que los seres vivos unos después de los otros aprovechando de las ventajas de organización adquiridas por sus antepasados en los conflictos del *struggle for life*, pero también es evidente que no bastan las leyes de Lamarck y Darwin para explicar la razón de este perfeccionamiento y el porqué de esminado, sin nada que sea capaz de apartarlo de la vía trazada. No es posible atribuir esta marcha consciente, en la que se advierte desde los primeros episodios la acción de una voluntad definida, puramente á la influencia de las causas físico-químicas. Darwin nos ha hecho asistir á la transformación de las especies, pero no nos ha demos-

trado el agente misterioso que ha puesto en marcha el prodigioso mecanismo y que ha continuado animándolo y orientándolo en un sentido determinado. La teoría transformista nos hace ver la evolución, pero no explica ni su causa primera ni su *finalidad*.

Este vocablo, *finalidad*, especie de voluntad oscura, ha sido considerado por algunos biólogos como la expresión del porqué de los fenómenos que caracterizan la evolución de las especies vivientes. Se ha dicho que la finalidad es la causa que impulsa al sér vivo á modificarse y perfeccionarse. La finalidad sería así el guía invisible que conduce al ser viviente en el intrincado laberinto del progreso biológico. Pero ¿se salva así la dificultad? No ciertamente. Esta explicación no explica nada y solo inventa una palabra para ocultar nuestra ignorancia y nos convence una vez más de que la ciencia no puede elevarse hasta las causas primeras. Son estas inaccesibles á nuestro espíritu y cuando tratamos de alcanzarlas caemos en el campo estéril y absurdo de las discusiones metafísicas. No se divisa aún la época en que el espíritu humano habrá llegado á esa divina meta en que se encuentra la explicación primordial de los fenómenos y su verdadera causa. La ciencia de hoy solo puede y debe contentarse con investigar las leyes que rigen los fenómenos universales, dejando á las religiones y á la filosofía el anhelo de remontarse á los orígenes, imaginando sistemas capaces de satisfacer nuestra sed de verdad.

M. O. T.

LA MADRE

CALLE de pueblo, ancha y sin empedrar; sobre el polvo, las carretas dejaron hondos surcos. Es media noche; las casas blanquean bajo la luna; todo calla; los árboles dormitan adornando su ramaje inmóvil por encima de los bardales; de cuando en cuando, el grito irónico de un cuco rompe el silencio. En la parte oscura de la calle y bajo la sombra de un alto paredón, Julio y María conversan separados por los hierros de una ventana. El es joven; viste sombrero ancho, traje negro y pollainas de cuero amarillo; de ella sólo se distinguen los ojos ardientes y grandes, brillando en las tinieblas.

JULIO (*hablando con voz apenas perceptible*)—Como anoche te prometí, lo he dispuesto todo para que huyamos antes de que empiece á clarear. Tengo el caballo en la carretera junto al convento. Tú puedes salir sin ruido.....y, en medio de dos horas, llegamos á X....por donde pasa el tren de Córdoba. ¿Vamos?

MARÍA.—No me atrevo.

J.—Maldito miedo..... ¡Siempre igual!... O me amas, como juras, y quieres unir definitivamente tu vida á la mía, ó quieres, desesperándome, romperme el corazón con estas alternativas de gozo y de pena. «Mañana, á estas horas, será mía», pienso.... y parece que algo se esponja y me rebrinca dentro del pecho. Luego, me dices, como ahora: «No puede seguirte, no me atrevo á seguirte...délame, huye tú solo....» Y siento un peso aquí dentro..... un dolor....que querría tirarme al suelo y dejarme morir.

(Pausa).

M.—No me atrevo.... (*Balbuccando*). No me atrevo... Ya sabes; lo de siempre; mi madre!....

J.—¡Bah!

M.—¿Qué quieres?.... Serán los nervios, como tú dices; pero mi padre y mi hermano me preocupan menos que ese retrato.

J.—¡Qué bobería! Un retrato.... ¿qué es eso? ¿No lo sabes?... Un poco de pintura sobre un pedazo de tela....

M.—Sí, sí....ya lo sé,

J.—¿Entonces?....

M.—Es que ese retrato viene... ha empezado á vivir desde aquella noche en que, atropellándolo todo, me escapaba contigo. Al pasar junto á mi madre, maquinalmente, levanté los ojos, acaso para despedirme de ella, y su retrato me detuvo. Ya lo recuerdas; es uno de esos retratos que miran á todas partes.... Creí que mi madre me maldecía, sus labios temblaron....sí, temblaron.... como si quisiera hablar.... y por sus ojos pasó una luz.... (*Con terror*). No, Julio.....no me arrastres; la preocupación de que te hablo es más fuerte que yo. De día, sí, me atrevo; de noche, no; ¡no puedo..... imposible!....

(Silencio. Julio, despechado, golpea nerviosamente el suelo con el pie. La joven continúa hablando, y sus palabras, murmuradas con vez tristísima, parecen desgarrones de un largo lamento).

M.—Estoy segura de que á nuestro alrededor hay fuerzas invisibles, almas de seres muertos que pesan continuamente sobre nosotros..... y nadie me quitará la idea de que en la noche en que íbamos á marcharnos, el espíritu de mi madre se colocó en el zaguán, con los brazos abiertos, impidiéndome salir.

J.—No digas desatinos; pareces loca.

M.—Así será. Pero al día siguiente, durante el almuerzo, mi padre dijo, dirigiéndose á mí: «Anoche soñé con tu madre». Y mi hermano agregó: «Yo también». A lo que mi padre repuso: «Entonces es que la pobrecilla ha venido á visitarnos...» Me dieron ganas de gritar; sí, mi madre había estado allí, vagando desolada, de habitación en habitación, queriendo inútilmente despertar á

los míos para decirles que su hija ya no era buena y que tú me llevabas....

(Otra pausa. Julio enciende un cigarrillo y destose, imponiéndose á una emoción de frío que acaba de recorrerle la espalda).

M.—(*queriendo siempre disculparse*).—Ayer mañana, después de fregar el comedor y la cocina, descolgué el retrato de mi madre, so pretexto de sacudirlo. Luego fuí á la huerta, donde mi padre y mi hermano jardineaban. «¿Quiere usted—pregunté á mi padre—que pongamos á mamá en la sala? Allí la pintura no se estropea porque hay poca luz». Mi hermano opuso algunas objeciones, que yo contradije victoriosamente. Mi padre terminó la disputa, diciendo: «Bueno, déjanos tranquilos y haz lo que quieras». Mi único deseo, como supondrás, era quitar á mi madre de donde estaba, para no tener que verla cuando llegase, con la cita de esta noche, la hora de marcharme. Pues.... de pronto, tuve miedo; me parecía que mi madre iba á llamarme.... y el recuerdo de su voz era tan vivo, tan penetrante que casi pensé oírlo. Cuando volví al comedor, mi primera mirada, no bien entreabrí la puerta, fué para el retrato, cuyos ojos salieron á mi encuentro, diríase que estaban aguardándome; los hallé más negros que otras veces.... y duros, brillantes, como si hubiesen llorado... Aquella expresión me obligó á caer de rodillas ante mi madre; su rostro severo parecía decirme: «¿Por qué me echas de aquí, sabiendo que vuestras conversaciones de sobremesa son mi único consuelo? ¿Cuál es tu propósito.... Habla, dí.... ¿qué tienes?» Hubiera jurado que sus labios se movían... Después, su gesto cambió. «Los muertos—dijo—lo sabemos todo: mañana piensas irte; tu alma se lo confesó en sueños á la mía. Sí, quieres irte, pero yo lo impediré....» Entonces rompí á llorar. «¡No madre!—exclamé—yo seré buena... se quedará usted en el comedor.... ya no la llevaré á usted á la sala, donde estaría usted muy triste....» Y al decir esto sentí un alivio inmenso, y frío; un frío muy grande en toda mi carne, cual si su espíritu muerto me hubiese abrazado. Durante la comida, de cuando en cuando, miré al retrato; sus ojos, llenos de bondad, parecían decirme: «Gracias, hija mía; no necesitas confiarle á tu padre nada de lo que entre nosotros sucede.... y si alguna vez la tentación te llevase á cualquier extremado peligro, no tengas miedo; estoy yo aquí....»

J. (*despechado*).—De todo eso deduzco una verdad bien amarga.

M.—¿Cuál?

J.—Que no me quieres.

M.—¡Oh, sí te quiero, te adoro!.... ¡Si no te adorase, ¿habríamos llegado á donde estamos?

J.—Pronto nos separaremos y entonces todo habrá concluído; ¡todo!....

M. (*angustiada*).—Pero.... ¿te irás?....

J.—Sí, me iré, saldré de España.... buscaré en cualquier país lejano un trabajo terrible que me prohíba acordarme de tí.... Si no puedo casarme con tigo, porque tu padre y el mío se oponen á ello, ¿para qué quiero vivir aquí?....

M. (*hablando penosamente y como en un estertor*).—¡Oh!.... Yo te seguiría.... ahora mismo.... pero....

J. (*impetuoso*).—¡Hazlo!

M.—Pero.... es que....

J.—¡Hazlo!

M.—¿Y si no puedo?.... ¿Si, como la otra noche, me flaquea el valor?

J.—No; eso sólo sucede una vez. Hoy puedes. Sugérenate; piensa en mí, piensa fuertemente, y ni siquiera padecerás el sobresalto del titubeo.

M.—Es.... que tengo que ver á mi madre, porque la luz del altar que hay en el comedor, la ilumina; necesito pasar junto á ella.... y estoy cierta de que sus ojos ya están mirando hacia la puerta por donde he de entrar... ¡Ah, Julio, Julio!.... Tú no sabes cómo es ese retrato. El pelo muy negro, la frente muy pálida y muy grande... y luego, los ojos.... esos ojos... esos ojos que te siguen... que te cortan el camino... que te detienen como si te pudiesen en el pecho una mano...

J.—¡Bah, ilusiones!... Ea, sé fuerte, sé valiente; sólo exijo de tu coraje u esfuerzo de algunos segundos. Anda pronto, corre... ¡Oye! Espero allí, junto á la puerta, para darte valor.

M. (*reprimiendo un grito*).—¡Oh, no!

J.—¿Qué?

M.—No... no te separes de la ventana.

J.—(*tranquilizador*).—Locuela... loquilla... si lo hago por tí....

M. (*siempre temblando*).—¡Qué angustia! He ido á mirar hacia atrás.... y no he podido.

J. (*sonriendo*).—Bien, anda sin miedo. ¿Ves? Estoy aquí.

M.—Sí, pero *ella* está dentro.

J.—Vamos.

M. (*sin atreverse aún á volver la cabeza*).—¿Hay luz en el comedor?

J. (*acercando la cabeza á la reja*).—Sí, como todas las noches: la luz del altarcito.

M.—¿Y qué ves?

J.—Nada.

M. (*resolviéndose, al fin, á mirar*).—En efecto, no hay nadie.

J.—¿Te convences? Bien. Ahora, adelante. Cruza corriendo el comedor y la cocina, abres el portalón.... ¡y allí estoy yo!.... Y una vez tu mano en la mía, ¡vengan fantasmas y voces de otra vida!...

(La joven atraviesa la habitación lentamente y su figura se recorta sobre la puerta del comedor, mal alumbrado por la luz amarillenta y temblona de una lamparilla de aceite. Al llegar al dintel, se detiene, mirando hacia la ventana. Julio, la frente apoyada contra los barrotes, murmura imperativo):

—¡Anda!...

(Y luego retrocede, caminando de puntillas hacia el portalón. El silencio es absoluto. De pronto resuena un grito.... un grito horrible).

—¡Madre...., piedad, madre.... no me toque usted!...

(Julio acude á la ventana, aproxima su frente á la reja y mira. Bajo el rectángulo iluminado del comedor, aparece María: está en el suelo y sin conocimiento, boca arriba, los brazos en cruz)....

E. ZAMACOIS.





“A través de un prisma” - Crónicas limeñas

BIEN pagado el tributo de religioso recogimiento de la sociedad de Lima al augusto misterio de la redención humana. Todos los templos han sido visitados por multitud de fieles durante los días santos, y en todos ellos se ha escuchado la palabra inspirada de preclaros sacerdotes, rememorando el cruento drama del Calvario.

El gobierno, las instituciones, las autoridades, han cumplido su deber asistiendo puntualmente á los sagrados oficios, con la parada militar consiguiente, y el ceremonial en estos casos de uso.

Llegó el jueves S. E. á la Catedral acompañado de los señores ministros Leguía, Prado, Polar, Zapata y Portillo, de los vocales de la Corte Suprema, Elmore, Ribeyro, Pardo Figueroa, Ortiz de Zevallos, Villarán y Eguiguren y fiscales Galvez, Seoane y Calle de los vocales de la Superior Puente Arnao, Villagarcía, Arbulú, Vega, Erásquin, Martínez de Pinillos, Elejalde y Barreto y fiscal García Calderón: de los miembros del Consejo supremo de guerra y marina; de los directores de ministerios, jefe de E. M. G., miembros del Tribunal Mayor de Cuentas, director y empleados de la Moneda, Prefecto del departamento, jueces de 1ª Instancia, miembros de la Misión militar francesa, Intendente y Comisarios de policía, etc; todos de severa etiqueta; y fué recibido en las puertas del templo por los miembros del coro metropolitano. El Illmo y Rldmo. arzobispo moeseñor doctor don Manuel Tovar, no pudo asistir á la augusta ceremonia por su delicado estado de salud.

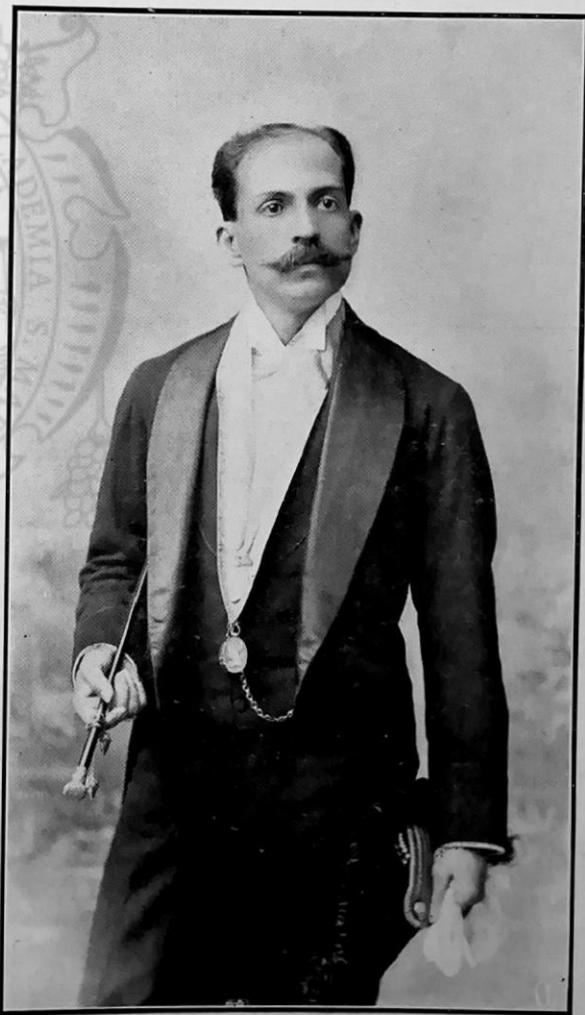
S. E. acompañó á la procesión del Santísimo.

El viénes se repitió la misma asistencia oficial á los misterios de Pasión.

Después de estas ceremonias, tanto el juéves como el viénes, S. E. invitó á almorzar en Palacio á los más caracterizados de sus acompañantes.

Entre los monumentos de Viernes Santo, han llamado la atención este año por el buen gusto de su disposición, los de los Huérfanos, Capilla de San Pedro y Santa Teresa.

Durante la quincena ha fallecido un miembro útil y apreciado de nuestra sociedad: el inteligente y modesto médico doctor don Alfredo I. León. Hombre de ciencia sólida, de sensible corazón y de altas prendas caballerescas, mereció la consideración y el cariño de cuantos le trataron. Nos asociamos al duelo de su estimable familia.



Dr. ALFREDO I. LEÓN

F to Moral

Nos ha visitado, de paso para el Brasil, en donde va á reemplazar al doctor Miguel E. Valverde, el distinguido caballero ecuatoriano señor Emilio Arévalo, investido del alto carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de su patria cerca del gobierno fluminense.

Anteayer se embarcó, de regreso á su patria brasileira, el joven y talentoso diplomático señor Mario de Belfort Ramos, en compadía de su elegante y esperitual esposa señora Silvia de Vianna. Ambos dejan excelentes

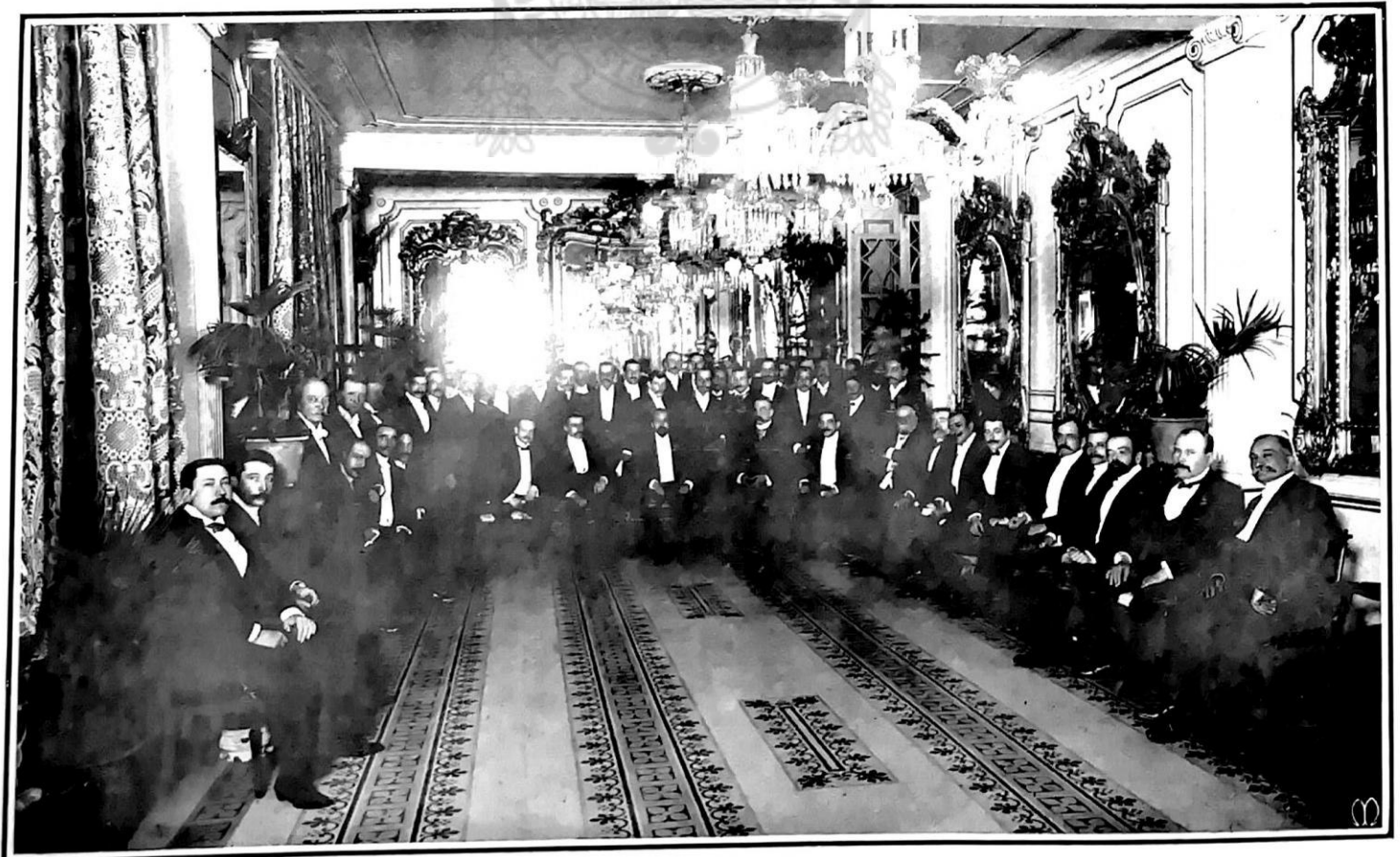


Sr. MARIO DE BELFORT RAMOS

Foto. Moral



Sra. SILVIA de VIANNA de BELFORT RAMOS Fto. Mora



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
 BANQUETE OFRECIDO AL SEÑOR JOSE BALTA POR LA SOCIEDAD DE INGENIEROS
 Universidad del Perú. Decana de América

Foto. Lund

recuerdos de su permanencia en Lima, en cuantas personas gozaron de su exquisita sociedad.

El señor Belfort Ramos, ha sido trasladado á Roma en calidad de secretario de la Legación de su patria.



La sociedad de Ingenieros ofreció un suntuoso banquete al miembro de su seno, señor José Balta, ex-ministro de Fomento.

En esa manifestación de cariñoso compañerismo se escucharon conceptos muy plausibles acerca de la importancia que para el progreso de la patria tiene hoy la profesión de ingeniero, habil y honradamente ejercida, y se hicieron votos y promesas muy halagadoras para el próximo futuro resurgir del Perú.

Creemos agrandar á nuestros lectores ofreciéndoles una vista de la simpática fiesta de los señores ingenieros, y enviamos á éstos y al agasajado nuestros parabienes.



La comitiva oficial saliendo de Catedral el viernes Santo

El casino de Chorrillos prepara, para el día 28 del mes corriente, un gran baile de sociedad, al que serán invitadas exclusivamente las familias de sus socios.

Los preparativos hacen presumir que será una fiesta espléndida, y tal deseamos que resulte, para solaz y grato recuerdo de nuestras bellas.



Con fina letra de dama, pero sin firma, y con la recomendación de que le demos cabidida en este número de PRISMA, hemos recibido un delicado soneto religioso. Si hubiera llegado á nuestras manos el martes ó miércoles hubieramos deferido al deseo de la interesante persona que nos lo envía, acompañándolo de la hermosa ilustración que merece, y en su respectivo lugar.

Pero, ya que no podemos hacer hoy aquello, muéstrase nuestra cortesía insertándolo en seguida; y dice:

VIERNES SANTO

(SOLEDAD DE MARÍA)

Perlas vertiendo que envidió la aurora,
ved á María ante la Cruz divina;
lánguida y sola, cuando el sol declina,
vedla cuan triste y delirante llora!

Vencida del dolor que la devora,
su débil frente sobre el pecho inclina,
y en su angustia mortal ella imagina
perdido el bien que con el alma adora.

Cuando una voz que anuncia la agonía,
voz que precede al ¡ay! del moribundo,
oye que triste y celestial decía;

—«Calma, Señora, tu dolor profundo,
que una lágrima sola, Madre mía,
puede, si es tuya, redimir al Mundo!»



Sr. EMILIO AREVALO

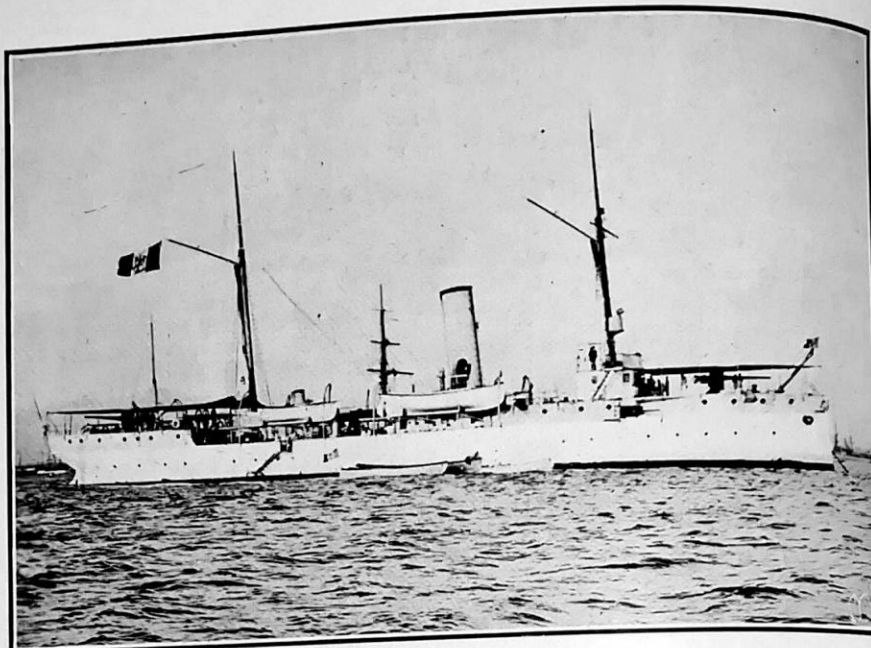
Foto. Moral

Cañonera mexicana "Tampico"

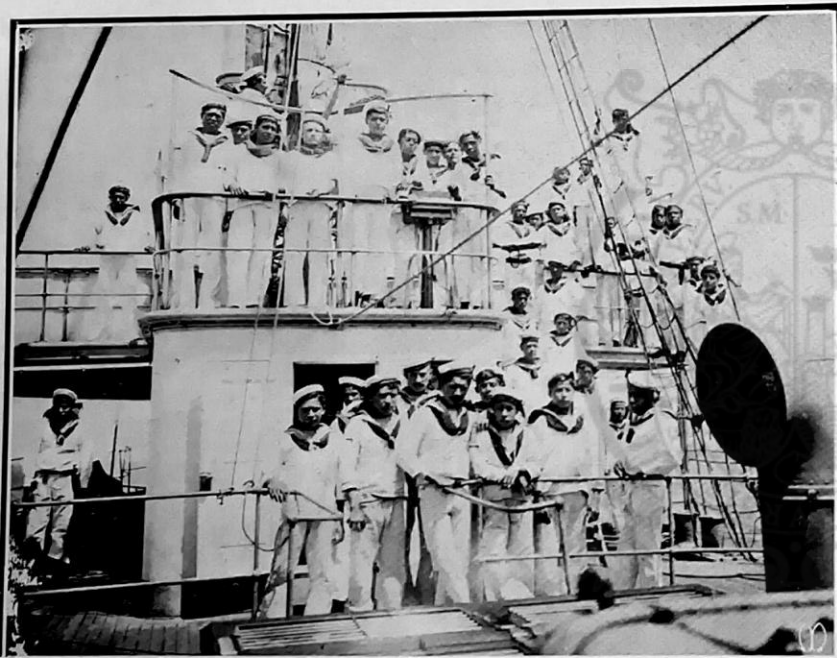
Ha arribado al Callao, después de dar la vuelta á Sud-América, partiendo de Veracruz, la cañonera mexicana *Tampico*, y se le ha recibido con los honores de ordenanza. Viene al mando del teniente mayor señor José Servin y L., á quien acompaña lucida oficialidad.

La *Tampico* desplaza 1,000 toneladas y dispone de seis cañones y un tubo lanzatorpedo.

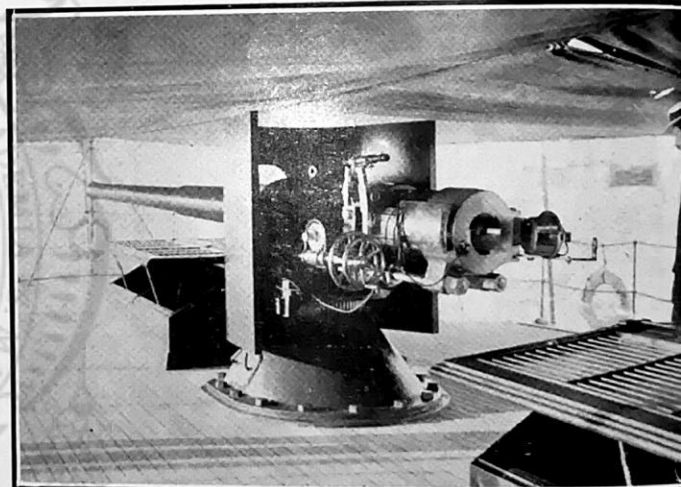
Enviamos nuestro saludo á los marinos mexicanos, deseando que les sea grata la visita con que nos favorecen.



La cañonera "Tampico"



Tripulación de la cañonera "Tampico"



Cañón de proa de la "Tampico"

NOTAS DE ARTES Y LETRAS

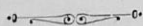
EL cable nos anuncia la muerte, acaecida en Nueva York, del notable escritor venezolano Nicanor Bolet Peraza. Fué don Nicanor un insigne protector de la juventud americana que hace diez años se iniciaba en las labores literarias. Creó una revista, *Las tres Américas*, que tuvo gran importancia por su carácter meseniano. Pocos espíritus más bondadosos que el del distinguido literato: él nos alentó, nos aplaudió y en su revista tuvimos entrada franca todos los que éramos y los que no éramos *esperanzas artísticas*. El altruismo y la benevolencia literaria de don Nicanor eran inagotables. Fué uno de los escritores más amenos, y uno de los espíritus más tolerantes y dúctiles. Con la misma facilidad pergeñaba tradiciones muy sabrosas de su tierra, como escribía florituras modernistas, como bordaba un chiste un tanto encen-

dido, como hacía una crítica sesuda ó un cuento espiritual y delicioso. Son curiosísimas las antinomias que ofreció la vida de Bolet Peraza. Su inteligencia estaba dispuesta para la labor intelectual: su espíritu fino y sensible para la belleza artística le llevó bien alto en el aprecio de los hombres de letras; pues bien, el cultísimo escritor tenía la más antiliteraria de las profesiones: era farmacéutico. Concibo que haya arte, belleza y poesía en el estudio de las leyes que rigen la sociedad, en las matemáticas, en la medicina, pero es inconcebible que un espíritu pueda sentir estímulo para la labor literaria entre potes de específicos y drogas medicinales. Munyon poeta, es un absurdo. Y sin embargo, Bolet Peraza era un poeta en todo lo que escribía. Tenía el distinguido escritor venezolano un alma bondadosa, suave, apacible, ligeramente irónica.



✱ NICANOR BOLET PERAZA

Fué el consejero de todos los jóvenes de Centro y Sudamérica que amaban las letras. Con todos sostenía afectuosa correspondencia, y comprendiendo fácilmente los ideales y tendencias artísticas de cada cual, en virtud de la amplitud de su espíritu y la claridad y cultura de su inteligencia, á todos hacía sabias y preciosas y sabias indicaciones, con todos era cariñoso y amable: pues bien, Bolet Peraza era también General. Muchos años hacía que residía en Nueva York donde tenía establecidos sus negocios y donde era respetado y querido. ¡Pobre amigo mío! Muchos consejos sanos le debo y muchas muestras de amistad leal. En momentos de escribir estas líneas recibo de manos de un hijo una carta del anciano amigo difunto, carta póstuma, portadora, como las otras, de benévolas palabras. Pobre amigo, pobre maestro mío!.....



El señor don Solón Argüello, nicaragüense, es profesor de la Escuela Normal Superior N° 1 de Tepic (México). Pero no es esto solo: es también poeta y poeta modernista de calaña semejante á la de cierto poeta Curiel, de Coro, del que tuve el honor de ocuparme en otra ocasión. Se titula el libro *El grito de las Islas*. ¿De qué islas? Por lo que las poesías dejan adivinar, parece que se trata de las Batuecas. El señor Argüello, según mi humilde entender, se está haciendo un grave daño en su carrera del profesorado escribiendo poesías como las de su librito: no me extrañaría saber que ha sido destituido por tener una inspiración poco pedagógica y demasiado hirsuta. Indudablemente que el poeta tiene una fantasía riquísima, fantasía macabra y snobista como es la de los poetas americanos que se entregan de lleno á esa corriente, no diré malsana, pero sí no comprendida, del modernismo. Estos vates se imaginan que el modernismo es simplemente una revolución de forma y que por consiguiente todo se puede escribir en *modernista*, como quien dice en esperanto. El esperanto de los sabios de tercera y el

modernismo de los poetas de cuarta son dos chilladuras insostenibles, porque ambas no son en realidad sino el disloque del sentido común; los esperantistas hacen un menjurge abominable de las lenguas vivas para hacer un idioma antiartístico é inútil; los modernistas hacen lo mismo: un menjurge de las formas poéticas de las palabras añejas y de derivaciones tan arbitrarias como inoficiosas, para fabricar la mar de combinaciones estrámbóticas y un léxico enrevesado que á menudo indica lo contrario de lo que el poeta se propuso decir. El librito del señor Argüello es un muestrario de estos bizantinismos y combinaciones caprichosas de versos de tres sílabas con versos de catorce, de ideas discretas, y de pensamientos hermosos en conexión con disparates y majaderías de detestable gusto. Da pena ver cuantas ideas que podían haber sido bellamente explotadas han sido malogradas por las intonserías modernistas y los snobismos cursis del poeta-pedagogo.

Dice el bardo, en una de sus poesías, en que refiere que fué á buscar al poeta Mentor, «poeta sabio, excelso de la guzla inquieta»:

.....
(La Quimera rióse, la Quimera esquivó)

Dice:—

Son engendros que ante humilde *esperma*
diome á luz mi Musa, del Dolor cautiva
en gran noche triste cual mi lira enferma.

Nada comprendo de este hacinamiento casi grotesco de disparates. ¿Qué le importará á la Quimera que al señor Argüello le haya dado á luz la Musa en gran noche triste á la luz de una esperma (¿bugía esteárica?), lámpara eléctrica, candelil ó velón de cera? Tengo para mí que el estado de la lira y por consiguiente de la noche, á la que sirve de término de comparación, dependió únicamente del alumbrado de que hizo uso la Musa—mamá del señor Argüello, en el duro trance. Fué cuestión de capital importancia, porque si en vez de humilde *esperma* hubiera sido luz meridiana, la lira no habría estado enferma sino sana; si es luz incandescente la lira habríase puesto *doliente ó riote* (á voluntad). Créame, la Quimera ha tenido razón sobrada de reirse de usted, mi señor Argüello. Cuídese de que no se rían también sus alumnos de Tepic, porque, la verdad, no estaría bien que le faltaran el respeto.

En otra poesía dice el bardo modernista nicaragüense:

A cada golpe nuevo
«Habré errado el camino
—sollozo—no me atrevo
á dejar por hoy mi viaje peregrino,
.....
—Ya es tarde caravana,
ven aquí á penar callado, peregrino.
—Oh no tal vez mañana!
habré errado el camino.....»

Efectivamente, señor Argüello, completamente errado, no tenga usted la menor duda. Se ha extraviado usted de tal modo en las mentecatas modernistas que, no digo con la humilde *esperma* que alumbró su nacimiento, pero ni con la luz deslumbradora de un sol canicular le puede encontrar la Musa materna. No deje para mañana la noble empresa de corregir el viaje. Créame que lo que á usted le tira es la pedagogía. Haciendo versos modernistas ha errado usted el camino, palabra de honor.

CLEMENTE PALMA.

El match de tiro

ENTRE LOS CLUBS

“Internacional Revólver” y “Mauser”



—Buuull!.....
 —Bravo! Magnífico!
 —Cuarenta y siete; nadie lo quita!
 Estas fueron las expresiones que hirieron mis oídos al llegar al campo de tiro de la Magdalena.
 —Quién ha sido ese bárbaro?—pregunté.
 —Andreu, el joven; me contestaron.
 Efectivamente, acababa de hacer una magnífica serie,

Cada tirador disparó diez balas seguidas, y los doscientos disparos dieron en el blanco.
¡No hubo un sólo cero!



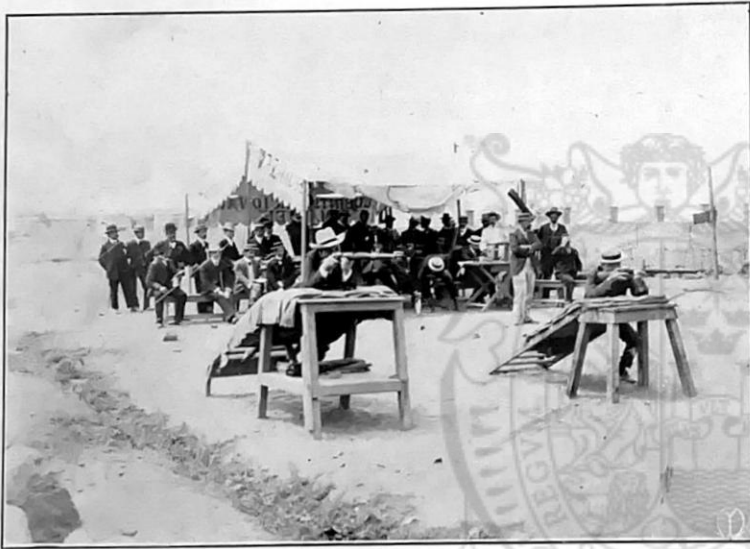
El domingo 8, conforme á lo estipulado, concurrieron los dos clubs al campo de la Magdalena y allí el éxito volvió á coronar al club Revólver, que obtuvo 418 punto contra 400 del club Mauser.

En esta segunda parte del match, lo mismo que en la primera, *tampoco hubo ningun cero!*



Comentando, ahora, el notable éxito alcanzado en este match, éxito superior á todo lo conocido hasta el día, no deben pasar inadvertidos los siguientes datos:

- Distancia..... 400 metros
- Blanco inglés cuyo centro ó bull es solo de diametro..... 45 ctm.
- Diametro del cuatro 75 „
- Tamaño del blanco..... 1.80 „
- Número de balas en cada sección, seguidas y fatales..... 10
- Arma de guerra, sin modificaciones.
- Posición libre, sin mampuesto.



Espectadores y tiradores

de cuarenta y siete puntos, el joven *champion* del club Mauser, en el match que debía terminar ese día, y que, apesar de tan notable éxito particular, daría un triunfo más á su afortunado contendor el famoso club “Revólver”.

Es decir, que veinte tiradores dispararon 400 balas, sin que una sólo haya dejado de tocar en blanco, en esta forma:



Puestos de acuerdo los dos clubs en las últimas semanas del pasado mes, concertaron, para iniciarse el 1.º de abril, un match en el que tomarían parte diez tiradores de cada bando; y que debía efectuarse en dos secciones y en ambos campos de tiro de los clubs respectivos.

Si los dos clubs resultaron triunfantes, uno en cada campo una tercera sección debería decidir el éxito final del *match*.

La suerte, á la que fué sometida la elección del campo en el que debía iniciarse el torneo, favoreció á Miraflores, y el citado día 1.º de abril se realizó la primera parte del concurso, dando por resultado el triunfo provisional del club Revólver, que alcanzó 404 puntos contra 382 de su contrario.



El momento de disparar

MIRAFLORES

	Revólver	Mauser
Centro ó cinco.....	37	26
Cuatro.....	30	30
Treses.....	33	44

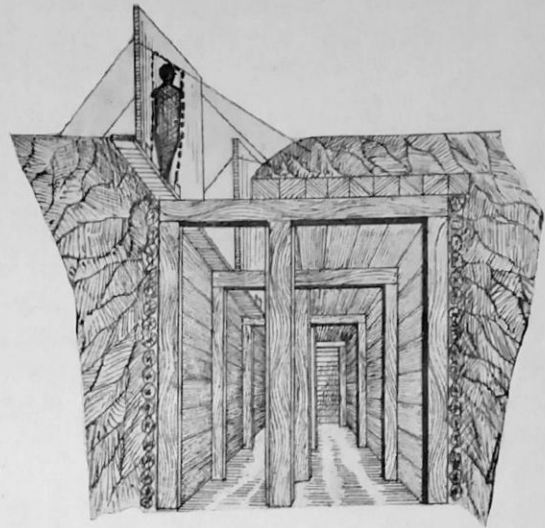
MAGDALENA

Centro ó cinco.....	39	35
Cuatro.....	40	30
Treses.....	21	35



El encargado de hacer esta ligera revista, para PRISMA, entusiasta por este género sport, ha asistido en los últimos diez años á casi todos los matchs notables, ya como tirador, ya como espectador y nunca, ni él, ni ninguna de las personas de quien ha obtenido informes, han podido constatar un éxito igual al obtenido ahora.

Como información gráfica ofrecemos á nuestros lectores las fotografías de los blancos y algunas otras de la parte del match verificado en la Magdalena, llaman-



La trinchera de los marcadores, del campo de tiro de Miraflores, perteneciente al Club Internacional Revolver, fué construido en junio del año próximo pasado, habiendo importado los materiales S. 300 más ó menos.

En esta trinchera se puede colocar hasta cuatro blancos reglamentarios sobre los cuales pueden disparar cuarenta tiradores en una hora. Fué dirigida por el entusiasta comandante Salazar, actual primer jefe de un cuerpo de artillería de nueva creación.

pública, y que, si bien ha otorgado un triunfo más á su diestro y poderoso rival, ha demostrado de elocuente manera cuánto puede la perseverancia ayudada por la inteligencia y buena dirección, que hacen esperar un lisonjero y do remoto porvenir.

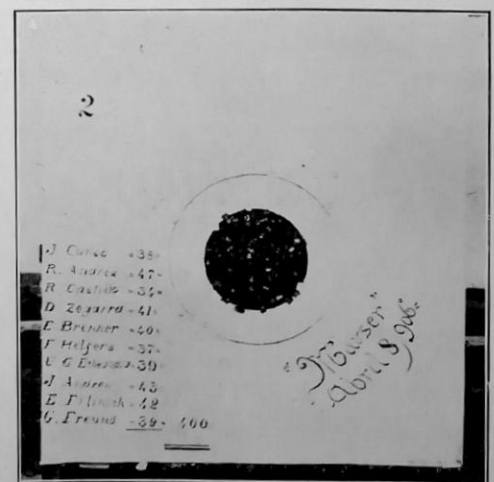
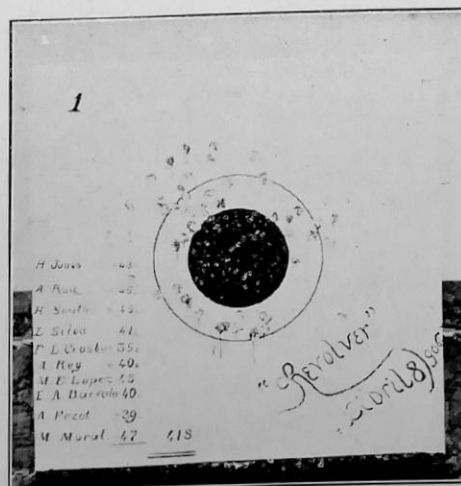
MIRA.



Tiradores y espectadores

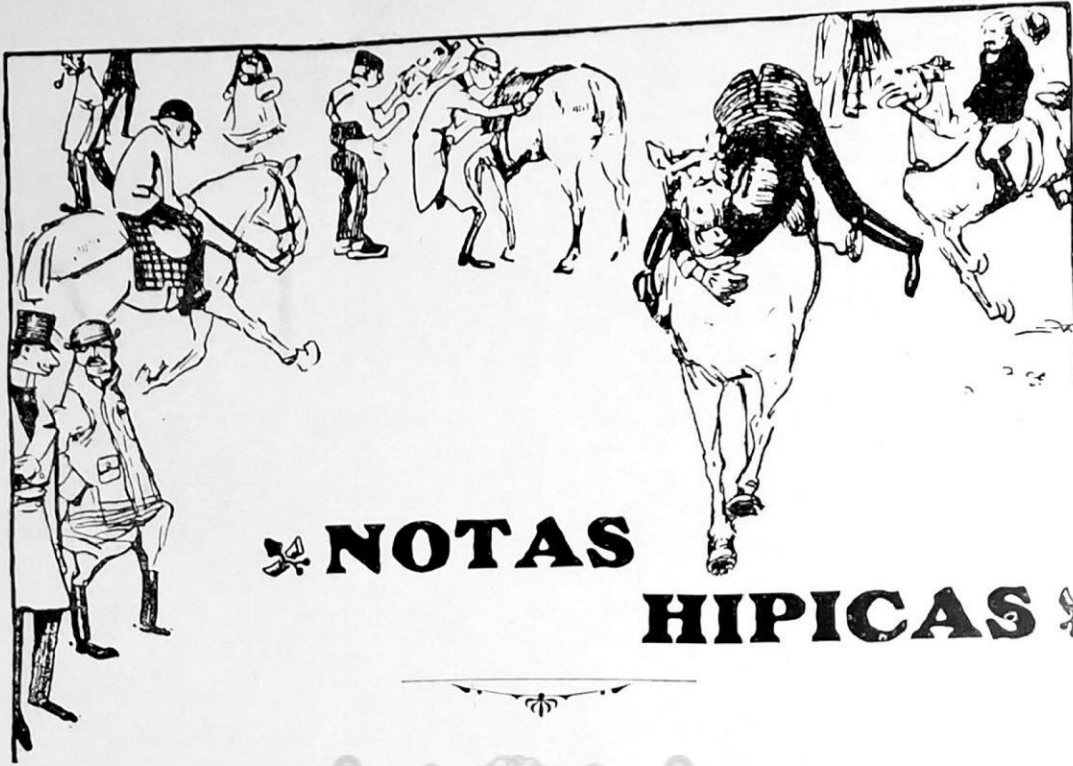
no muy especialmente la atención de los inteligentes é interesados hacia la disposición y agrupamiento de los impactos, notándose en el 90 % un máximo de dispersión inferior á 1 m., ó sea $\frac{1}{100}$ de la distancia, siendo más notable aún que algunos de los tiradores lograron un máximo de dispersión de 60 ctm. ó sea menos de $\frac{1}{100}$ de la distancia.

PRISMA, felicita al viejo Club Revólver por su nuevo éxito y dedica un aplauso entusiasta y especial al joven Club Mauser, que acaba de medir sus fuerzas con la institución de tiro más reputada de la Re-



Los blancos

Fotos. Moral



NOTAS

HIPICAS

Hl. Jockey Club de Lima nos anuncia, con ruidoso y sugestivo reclame, la más atrayente temporada de carreras, en la que se establecerá, definitivamente, el concurso internacional de los studs, que unido á las últimas reformas implantadas por el comité, ha de contribuir, eficazmente, á aumentar el valor de los meetings de Santa Beatriz.

En la pista de trabajo, que adolecía de graves defectos, se ha efectuado una transformación radical en el piso, que, ha resuelto de la manera más satisfactoria el problema, que tanto mortificaba á los propietarios de caballos. El uso del guano suavizado convenientemente presenta para los ejercicios de la preparación todas las ventajas de la arena, sin ninguno de sus defectos, siendo al mismo tiempo sustancia que más se acomoda á las condiciones especiales de nuestro clima. Pero falta todavía realizar el ensanche de las pistas, cuyas curvas sumamente estrechas no solo son incómodas para los trabajos diarios, como ya lo ha dicho "Vigilant", sino que, ofrecen una seria amenaza para el porvenir con el aumento de los animales corredores.

La adaptación directa del reglamento argentino á nuestro medio presenta mejores perspectivas que el anterior, aunque adolece de algunos defectos ó vacíos fáciles de enmendar en la práctica, por su mismo carácter transitorio.

Entre los puntos, que merecen mayor atención figura el relativo á los pesos, á los recargos y descargos de los animales del país, cuando corran junto con los importados y que en la nueva escala se les trata muy á la ligera: poderoso motivo por el que se han visto obligados á protestar algunos miembros del Directorio y ha inducido al señor David Inglebert á estudiar una modificación que pronto someterá á la consideración del Comité.

Respecto á la época convenida para fijar la edad de los animales, debemos considerar que siendo distinta la fecha de nacimiento de los potrillos entre Estados Unidos y los países del Sur resulta una enorme diferencia de edad que reporta ocho meses más ó menos de ventaja á estos últimos que desigualando por completo las condiciones de las carreras especialmente en los premios dedicados á los productos de dos años.

Con los premios clásicos se trata de vincular el turf á las instituciones principales de la República, que sirven de estímulo y garantía en los espectáculos por medio de números especiales que ellos obsequian libremente, además de las fuertes sumas ofrecidas por el Club, para los vencedores de otras pruebas; mas si en los primeros de la lista estamos de acuerdo con los autores, salvo muy ligeras divergencias, no aceptamos la incompleta distribución del final dedicada á los productos nacionales de tres años, con prescindencia absoluta de los antiguos campeones,

que también sabían suscitar muchas emociones y nos hacían gozar con sus triunfos y sus progresos, que anotábamos con la más franca satisfacción.

¿Por qué se olvidan hoy sus méritos y se les condena indefectiblemente á no figurar en la nómina honorífica de los clásicos? Debería el comité recordar sus glorias pasadas, estimular á los criadores con mayores premios, fomentar la raza nacional, única manera de despertar los verdaderos entusiasmos y que no sólo luchen en estos hipódromos los animales importados, sino que se asegure ampliamente la competencia de las sangres, que se conservan en nuestras haras, y que nuestra raza pueda colocarse algún día frente de otras razas desafiándolas sin el menor recelo.

El señor Lockett, importante propietario de Tarapacá, viene á iniciar con sus mejores animales la saludable y amistosa competencia de los clubs, que ha de excitar intensamente la afición y el entusiasmo del público, como despertaba en Santiago, en Viña del Mar la disputa de los premios animada por el concurso de los stud peruanos.

Nos dicen que la última resolución del comité que ha dotado de tantas mejoras al turf ha suprimido la publicación del periódico oficial que editaban dos miembros distinguidos del club. Según el criterio de los socios, que opinaron en contra del semanario, las gratuitas y voluntarias informaciones de los diarios y revistas de la capital satisface, por completo, todas las exigencias del público y el club ahorra un gasto perfectamente inútil; sin embargo los hechos dicen lo contrario. El Jockey-Club está obligado servir asiduamente los intereses de un sport que él sólo ha creado y al que necesita rodearlo de la mayor importancia para su propia conveniencia.

Las informaciones que demos nosotros por la índole misma de estas revistas, no satisface las aspiraciones del turf. Falta la voz oficial, los cuadros estadísticos contratados por ellos, las verdaderas fuentes de información; sin esos datos indispensables no se podrá seguir en el extranjero los sucesos de nuestras pistas y los aficionados no sabrán de Santa Beatriz más de lo que le digan las ligeras crónicas de los diarios, escritas apresuradamente en la noche del día de las carreras ó los ecos semanales y quincenales de las revistas ilustradas, reducidos á límites convenidos de antemano.

El Director del Club debe pensar seriamente en este punto de inmenso interés, y fundar una revista que satisfaga ampliamente á los sportman llevando por todas partes, con sus suscripciones y sus canjes, las últimas noticias de nuestros sucesos hípicas.